

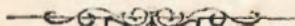
MEMORIAS

DE

LORD COCHRANE

CONDE DE DUNDONALD

GRAN CRUZ DE LA ÓRDEN DEL BAÑO,
DE LA IMPERIAL BRASILEÑA DEL CRUCERO Y DE LA REAL DE SAN SALVADOR
DE GRECIA; ALMIRANTE DE LA ESCUADRA ROJA,
CONTRAALMIRANTE DE LA GRAN BRETAÑA, ETC., ETC.



SE VENDE EN LIMA
EN LA IMPRENTA DE JOSÉ MASIAS

—
1863

CAPÍTULO IV

Obstáculos para equipar la escuadra. — Hácese á la vela la expedición libertadora. — Desembarco en Pisco. — Prolongada inacción del ejército. — El general San Martín se traslada á Ancon. — Captura de la *Esmeralda*. — Canje de prisioneros. — Reconocimiento de aquel servicio por el general San Martín. — Visita de la condesa Cochrane á Mendoza.

Muy grandes eran las dificultades que se presentaron para equipar la expedición destinada á libertar al Perú. — El gobierno no tenía crédito en tanto que su tesoro estaba exhausto por los esfuerzos hechos para organizar un ejército. — Negociar un empréstito era imposible porque ya había sido negado. — Merced á la influencia que yo tenía con los comerciantes ingleses, había conseguido de ellos un buen acopio de pertrechos navales y militares y que contribuyesen á una suscripción que al efecto se había abierto, lo cual

salvaba al gobierno de recurrir á un empréstito forzoso que no se atrevia á ensayar. Sin embargo, la dificultad mayor era con respecto á los marineros extranjeros, quienes, disgustados de que no se les guardase fe, rehusaban volver á servir. — En vista de este peligro, el gobierno me ordenó los reclutase por fuerza, á lo que me opuse, haciéndole presente que el comandante de la fragata británica, que á la sazón se hallaba en el puerto, impediria se hiciese una leva de sus compatriotas. La alternativa propuesta fué que yo ejerciese mi influencia con los hombres, dirigiéndoles una proclama que yo dictaria de modo que pudiesen depender del general San Martín para el pago de salarios y premio de presas, cuando la expedición se hubiese efectuado. Esto patentizaba que los hombres no tendrían mas fe en las promesas del gobierno.

En esta virtud, se echó una proclama á nombre del general San Martín poniendo yo en ella mi firma como garantía, mientras aquel firmaba en su carácter de comandante en jefe. El siguiente extracto hará ver la naturaleza de esta proclama.

« Al hacer mi entrada en Lima pagaré con puntualidad todos los atrasos devengados á cada uno de los marineros extranjeros que se alistaren voluntariamente en el servicio de Chile, dando también á cada individuo, según su clase, la paga entera de un año, además

de sus atrasos, como premio ó recompensa de sus servicios, si continuasen llenando sus deberes hasta el dia en que se rinda aquella plaza y sea ocupada por las fuerzas libertadoras.

» Firmado.— JOSÉ DE SAN MARTIN.

» COCHRANE. »

Esta proclama produjo el efecto deseado, completándose inmediatamente las tripulaciones de los buques.

El ejército chileno, que iba al Perú, se componia de 4,200 hombres. — Se le bautizó con el título de « Ejército Libertador. » El general San Martin, con gran contrariedad del general Freire, fué nombrado capitán general de esta fuerza.

Miéntras se preparaba la expedicion, el Supremo Director hizo conocer al pueblo peruano el objeto por el cual la enviaba; y á fin de que no tuviesen ningun recelo de la presencia de ella, manifestó sus intenciones en una proclama general, de la cual lo siguiente es un extracto :

« ¡ Peruanos! no creais que pretendemos trataros como á un pueblo conquistado. — Un deseo tal, solo pudiera encontrar abrigo en el ánimo de aquellos que detestan nuestra comun felicidad. — Aspiramos únicamente á veros libres y dichosos. — Vosotros mismos

estableceréis vuestro gobierno, escogiendo aquella forma que mas se adapte á vuestras costumbres, á vuestra situacion y á vuestros deseos. — Por consiguiente, constituiréis una nacion tan libre é independiente como la nuestra. »

Es preciso no olvidar esta y otras proclamas que se dieron despues, pues que el resultado no correspondió á las intenciones del Supremo Director, de cuyos rectos designios no hicieron mas tarde caso los que solamente consideraban al Perú, como un campo para hacer medrar sus ambiciones. Los oficiales chilenos, tanto nativos como extranjeros, creian ciertamente en la sinceridad de sus jefes, pero debieron sufrir despues un terrible desengaño respecto á su jefe principal.

El 21 de agosto de 1820, la escuadra se dió á la vela en medio de las entusiastas aclamaciones del pueblo. Se enorgullecia este de ver que en tan poco tiempo, no solo habia sido humillado el poder español, sino que ya se hallaba en el caso de poder enviar un ejército para libertar al principal Estado del Pacífico, que quedaba bajo el dominio de la Metrópoli.

El día 25 la escuadra hizo rumbo hácia Coquimbo para tomar á bordo otro batallon. — El 26 volvimos á desplegar velas y entónces el general San Martín me hizo conocer la intencion que tenia de dirigirse con el

cuerpo principal del ejército á Trujillo, plaza distante cuatro grados á sotavento de Lima. — Allí no podia obtener ventaja alguna ni nada tenia que hacer, excepto el permanecer á cubierto de todo ataque por parte de los Españoles, quienes no podian penetrar por tierra, miéntras que la escuadra les impedia ir por mar.

Al hacer presente á San Martin que su determinacion causaria el mayor descontento entre los oficiales y soldados chilenos, quienes esperaban ser desembarcados y que al instante se les llevase á Lima, para cuya conquista eran mas que suficientes, consintió en abandonar el plan de ir á Trujillo; pero se negó resueltamente á desembarcar su gente á las inmediaciones de Lima. — Por qué motivo obraba así, no pude saberlo entónces.

Mi plan era desembarcar la fuerza en Chilca, en el punto mas inmediato al Callao y apoderarme sobre la marcha de Lima. Esta era una empresa nada difícil y segura de buen éxito.

Viendo que todo razonamiento era infructuoso, nos dirigimos á Pisco, adonde llegó la expedicion el 7 de setiembre, y el dia 8, con gran sentimiento mio, se desembarcaron las tropas, permaneciendo 50 dias en ¡total inaccion! No se hizo mas que mandar al interior al coronel Arenales con una division, el cual, despues de derrotar á un cuerpo de Españoles, tomó posesion al Este de Lima.

El general San Martín, al llegar á Pisco, no quiso entrar en la villa, bien que las fuerzas españolas no contasen allí mas de 300 hombres escasos. Haciendo desembarcar las tropas al mando del mariscal de campo Las Heras, se marchó costa abajo en la goleta *Montezuma*. — Los habitantes se retiraron entretanto al interior, llevándose consigo sus ganados, esclavos y aun los muebles de sus casas. — Una conducta tal de San Martín causó gran descontento en el ejército y la escuadra, puesto que había un contraste con la primera toma que se hizo de dicha plaza, el año anterior, por el teniente Charles y el mayor Miller, acompañados de un puñado de hombres.

Cuando San Martín regresó, manifestó gran sentimiento por la fuga de los habitantes y la consiguiente pérdida de abastecimientos. En vez de atribuir esto á sus movimientos tardíos se contrajo á decir que no podía creer en los partes recibidos del Perú, relativos á las disposiciones pacíficas de los habitantes, por lo cual abrigó dudas respecto al buen éxito de la expedición.

Había sido de la mas alta importancia el haber tomado inmediatamente la plaza y atraído la voluntad de los habitantes, pues los buques estaban escasos de provisiones y casi enteramente desprovistos de lo mas necesario. Sin embargo, una detallada descripción fué remitida á Santiago acerca de la toma de la plaza, la

cual fué inserta en el periódico oficial, como la primera hazaña de la grande expedicion.

Durante los 50 dias que permanecimos en Pisco, la escuadra habia tenido tambien que permanecer inactiva, no habiendo hecho mas que capturar algunos barcos mercantes que navegaban á lo largo de la costa é ir infructuosamente en pos de la fragatas españolas *Prueba* y *Venganza*, que no continué persiguiendo por correr riesgo los trasportes durante mi ausencia.

Este retardo fué causa de los mas aciagos desastres que pudieron sobrevenir á la expedicion. — El pueblo ansiaba por recibirnos, y no contando con la tardanza del general San Martin, se declaraba por todas partes en favor nuestro; pero como no era apoyado, el virey lo multaba, emprisionaba y sometia á castigos corporales. — De aquí nacia, que en vez de obrar con franqueza, se hacia circunspecto y desconfiaba de la fuerza que malgastaba su tiempo en Pisco. — A la vez manifestaba repugnancia en suplirnos de los auxilios necesarios, por lo que se le trataba con rigor militar, segun órden del general San Martin. Los Peruanos, viéndose de este modo tratados, principiaron á considerar á los Chilenos tan opresores como á los Españoles, á riesgo de perder el deseo de independizar la Nacion.

A pesar de todo esto, el general San Martin habia dado una proclama del Supremo Director, llena de fervientes promesas ante Dios y los hombres de las rectas

intenciones que tenia el gobierno de Chile. — He aquí algunos extractos de ella :

« ¡ Peruanos! aquí teneis las obligaciones bajo las cuales Chile, en presencia del Ser Supremo, y llevando por testigo á todas las naciones para que veñguen cualquiera infraccion de este pacto, se empeña en ayudaros sin temor de la muerte ni de los peligros. — Seréis libres é independientes. Elegiréis vuestro propio gobierno y haréis vuestras leyes por la voluntad espontánea de vuestros representantes. — Ninguna influencia militar ó civil, directa ó indirecta pondrán en juego vuestros hermanos, para modificar vuestras tendencias sociales. — Despediréis la fuerza armada que se os envía en ayuda, cuando lo creais oportuno, sin miramiento á lo que podamos pensar respecto del peligro que corrais por vuestra seguridad. — Jamas fuerza militar alguna ocupará el territorio de un pueblo libre, á ménos que no sea pedida por vuestros legítimos magistrados. — Ni por nosotros ni con la ayuda de nosotros se castigarán las opiniones políticas que hayan podido existir ántes de haceros libres. — Preparaos á rechazar cualquiera fuerza armada que intente oponerse á vuestros derechos. Os suplicamos olvidéis todos los agravios anteriores al dia de vuestra gloria, á fin de reservar la mas severa justicia á la pertinacia y á la opresion. »

Tales eran los alicientes que se ofrecían al pueblo peruano y tal, como se acaba de ver, la primera prueba que tenían de sus libertadores.

Con todo, á pesar de esa inacción, se recogieron frutos. — El 14 de octubre llegó un buque de Guayaquil, avisando de que tan pronto como se supo allí que la expedición se había hecho á la vela, aquella provincia se había declarado independiente. — Al recibir esta noticia volví á suplicar al general San Martín reembarcase las tropas y nos dirigiésemos á Lima. Al fin pude conseguir se moviera.

El general San Martín ántes de partir publicó la siguiente proclama, la cual se inserta para hacer ver como se rompieron promesas tan solemnes.

« ¡ Peruanos! he pagado el tributo que como hombre público debía á las opiniones de los otros, y he manifestado cuál era mi misión cerca de vosotros. — Vengo á llenar los deseos de todos aquellos que quieren pertenecer al país en donde han recibido el ser, y que desean ser gobernados por sus propias leyes. — El día en que el Perú decidirá libremente respecto á la forma de sus instituciones, cualesquiera que estas sean, mis funciones habrán terminado, y tendré la gloria de anunciar al gobierno de Chile, cuyo súbdito soy, que sus heroicos esfuerzos han por fin recibido la satisfacción de haber dado libertad al Perú y seguridad á los estados vecinos. »

Habiendo sido reembarcadas las tropas, salimos de Pisco el 28 y al siguiente dia anclamos delante del Callao. Despues de haber recorrido las fortificaciones, volví á urgir al general San Martin mandase al instante desembarcar la fuerza, á lo cual se opuso del modo mas resuelto, contrariando el ánimo de los expedicionarios é insistiendo para ir á Ancon, punto algo distante hacia el Norte del Callao. Como yo no tenia autoridad sobre las tropas, tuve que obedecer, destacando el 30 el *San Martin*, el *Galvarino* y el *Araucano* para conducir los traportes á Ancon y quedándome en la bahia, con la *O'Higgins*, la *Independencia* y el *Lautaro* para bloquear ¹.

1. A fines de 1860, don Benjamin Vicuña Makena se propuso combatir las *Memorias* que lord Cochrane habia publicado en inglés, á consecuencia de los cargos que en el curso de ellas hace al general San Martin. Con tal motivo principió á escribir bajo el título de *Lord Cochrane y San Martin*, prometiendo una refutacion concienzuda. El público aguardó, leyó las primeras páginas y luego se encontró con que el objeto de la obra era otro. Era que Makena conocia su impotencia, tenia la conviccion de que al proceder así no le quedaba otro norte que el de la calumnia y sesgó vergonzosamente despues de haber desahogado sus pasiones personales, arrojando incienso y loño contra un hombre grande. De esa contradiccion nació el célebre libro que dió á luz bajo el rubro de *la Revolucion de la Independencia del Perú, desde 1809 hasta 1819*. Este libro se compone de 272 páginas y de ellas 188 son copias de viejos manuscritos. En él se trata de los capítulos de los conventos de frailes; de las fiestas de las monjas; de las diversiones de los toros; de las recepciones de doctores; de las campanas de las iglesias; de la política del gobierno de Chile en 1859; de venganzas personales contra individuos que le arrancaron la más-

El objeto que me proponia era, á causa de estar disgustada en comun toda la gente del ejército, de la inercia del general San Martin, no se disipasen los recursos que con tanta dificultad habia reunido Chile, sin conseguir alguno de los objetos de la expedicion. Para el efecto formé un plan de ataque con los tres

cara diez años há; de los desterrados políticos de Chile por la revolucion de 1859: trata de todo, hasta de hacer requiebros á las hijas espirituales del Rimac; pero del objeto que se propuso tratar, de lo que expresa el título indicado, *nada*. Así es que, para completar las páginas que se propuso escribir, se ocupa á la vez de hacer el panegírico de todas las personas que visitó en Lima y de prodigar una rastrera adulacion á cuanto individuo encontró poderoso; hasta tal punto, que parece allí descubrirse el espíritu del escritor tendiendo á formarse un gran círculo de prosélitos, ántes que de dirigirse á llenar el deber del escritor honrado y de conciencia. Pero lo singular de todo está aun mas para el lector, en encontrar á cada página unas cuantas líneas en que Vicuña se ingerta para clasificarse á sí mismo con una *humildad encantadora*, « de mártir de la libertad, de héroe, del primer hombre que representa la alta mision del sacerdocio platónico. » Ante él nada considera superior. Tiene razon: él mismo lo dice y vive satisfecho en esta creencia. Es el *Narciso* de la prensa chilena. Pero si se le va á juzgar, al leer sus obras tan recargadas de una fraseología hinchada, sin un plan determinado, sin una idea fija, sin un pensamiento filosófico, lleno de contradicciones y sin principios propios, cualquiera le tomara por un caballero de industria en politica.

El público sensato de Lima destinó la obra citada para el archivo de las pulperías, porque ningun hombre probo podia consentir en que se hiciera de los gloriosos recuerdos de la revolucion una chacota tan denigrante.

Vicuña ha escrito antes otras obras: *Viajes*, *Tratado de Agricultura* y el *Ostracismo de los Carreras*. La primera no es mas que una mala

buques que me habian quedado, sin siquiera dar á traslucir mis intenciones al general San Martín, temiendo se opusiera á mi designio.

Consistia este en cortar la fragata *Esmeralda* que se hallaba al pié de las fortificaciones y de apoderarme tambien de otro buque, á bordo del cual, segun se me habia informado, habia sido embarcado un millon de

copia de las Guías de Viajeros, que se encuentran en todas las oficinas de ferrocarriles; la segunda, un extracto de las cartillas que se dan á luz en Londres sobre dicha materia, y la tercera, la mas digna de todas, el resúmen de los manuscritos legados por aquellos esclarecidos ciudadanos y de las publicaciones ya hechas por contemporáneos de la guerra de la Independencia. Pero en todo aquello que ha sido necesario organizar y juzgar, el autor ha sido tan poco escrupuloso, que ántes de cuatro años ha tenido que anunciar una correccion de hechos que son falsos. Tiene la audacia de poner su firma á cuanto encuentra á mano y cree ser desconocido. De allí ese furor por compaginar archivos ajenos.

Pues bien, este célebre escritor, que nos ha obligado á consignar esta nota, fué el que ha procurado herir á lord Cochrane. ¿Y en qué circunstancias? cuando la prensa de Europa elevaba un canto de dolor por la muerte de tan esclarecido marino; siendo de notar, que cuando Vicuña se encontraba en Londres á la época en que se publicaba la obra de Cochrane, escribia al noble lord prodigándole elogios! Une conducta tal, es la fotografía del hombre. — Le atacaba despues de muerto, no por patriotismo, porque el patriotismo no es la ingratitud ni el fango del corazon; le atacaba bajo esa máscara, porque Cochrane era inglés y San Martín americano, íntimo amigo de su abuelo el coronel Makena; le atacaba, porque Cochrane se habia negado á recibirle la segunda vez que Vicuña lo solicitó. Este incidente dominó aquel corazon, y de allí su desahogo contra el cadáver del viejo marino. Fué un escupo arrojado al cielo.

pesos para ponerlos en salvo caso de necesidad. — La consecuencia que de esto me esperaba era que los españoles rindiesen la capital ó la abandonasen.

La empresa era arriesgada, puesto que desde mi última visita, la posición de los enemigos se había reforzado teniendo nada ménos que 300 piezas de artillería montadas en la costa, y la *Esmeralda* atestada de los mejores marinos y marineros que podían procurarse. — Cada noche dormían estos en sus cuadras. — Además, estaba esta defendida por una fuerte barra amarrada con cadenas y por pontones armados. — El todo se hallaba circundado de 27 lanchas cañoneras, haciendo imposible la aproximación de cualquier buque á ella.

Tres días pasamos ocupados en hacer nuestros preparativos, sin que el enemigo conociese el objeto con que se hacían. — En la tarde del día 5 de noviembre, se hizo conocer aquel por la siguiente proclama :

« Soldados de marina y marineros : Esta noche vamos á dar un golpe mortal al enemigo y mañana os presentaréis con orgullo delante del Calláo. — Todos nuestros camaradas envidiarán vuestra buena suerte. Una hora de coraje y resolución es cuanto se requiere de vosotros para triunfar. — Recordad que habeis vencido en Valdivia, y no os atemoriceis de aquellos que un día huyeron de vuestra presencia.

» El valor de todos los bajeles que se cojerán en el Callao os pertenecerá; se os dará la misma recompensa que los Españoles ofrecieron en Lima á aquellos que capturasen cualquiera de los buques de la escuadra chilena. — El momento de gloria se acerca, y espero que los Chilenos se batirán como tienen de costumbre, y que los Ingleses obrarán como siempre lo han hecho en su país y fuera de él.

» COCHRANE. »

Al expedir esta proclama, estaba resuelto que yo mandaria el ataque en persona y que los que me acompañaran debian hacerlo por su voluntad. — A este llamamiento se presentaron las tripulaciones de los tres buques para acompañarme. — Como esto no podia permitirse, fué necesario escoger ciento sesenta marineros y ochenta marinos.—Despues de anohecer, estos se embarcaron en 14 botes que tenia prontos al costado de la almiranta. — Cada hombre iba armado de machete y pistola, y para distinguirse iban vestidos de blanco con una franja azul en el brazo izquierdo. — Presumia que los Españoles se hallarian desprevenidos, porque habia hecho salir á los otros buques, como si fuesen en persecucion de algun enemigo, á fin de que confiasen en que por esa noche ningun peligro les amenazaba.

A las diez de la noche todo estaba listo. Los botes los

habia formado en dos divisiones, la primera mandada por mi capitan de bandera Crosbie, y la segunda por el capitan Guise. Mi bote rompía la marcha. — Se habia ordenado guardar el mayor silencio y no hacer uso mas que del machete; de manera que como los remos iban embozados y la noche era oscura, el enemigo no tenia la menor sospecha del peligro que le amagaba.

Era exactamente media noche cuando llegamos á la pequeña abertura dejada en la barra. — Poco faltó allí para que todo se frustrase por la vigilancia de un guardacosta, contra el cual tropezó felizmente mi embarcacion. Al instante nos echaron el quién vive, al cual respondí á media voz, amenazando matar al punto á cuantos habia en el bote si daban la mas pequeña señal de alarma. — A esta amenaza no hicieron resistencia y en pocos minutos mas, nuestros valientes se hallaban formando una línea al costado de la fragata y abordándola al mismo tiempo por diferentes puntos.

Los Españoles fueron enteramente cogidos por sorpresa, hallándose todos, excepto los centinelas, durmiendo en sus cuadras. — Grande fué la mortandad que hicieron los machetes chilenos miéntras volvian en sí. — Se retiraron al castillo de proa y allí hicieron una sostenida defensa, siendo necesario darles una tercer carga para ganarles la posicion. — El ataque se

renovó por algun tiempo en el alcázar, en donde los Españoles cayeron hasta el último. — El resto del enemigo saltó á la mar ó huyó á la bodega para librarse de la carnicería.

Al abordar la fragata por las amarras principales, el centinela me dió un culatazo que me tiró de espaldas y dando sobre un toleto del bote, la punta me entró por la espalda junto al espinazo, causándome una grave herida, de la cual sufrí después por muchos años. Poniéndome al instante de pié volví á subir sobre el puente, y allí volví á recibir una herida en un muslo, pero atándomela con un pañuelo, pude, aunque con mucha dificultad, dirigir el ataque hasta el último.

No omitiré mencionar que el teniente Grenfell, que bizarramente mandaba uno de los botes, cayó herido.

Toda esta refriega no duró mas que un cuarto de hora, siendo nuestra pérdida la de 11 muertos y 30 heridos, en tanto que la de los Españoles era de 160, muchos de los cuales cayeron bajo el machete de los Chilenos ántes que pudiesen correr á las armas. — *Valor como el que mostraron nuestros valientes nunca lo habia visto.*

Antes de proceder al abordaje se habia señalado á cada uno lo que tenia que hacer, encargando á una partida de apoderarse de las cofas. — Apénas hacia un minuto que me hallaba en el puente, cuando di voz

á la cofa de trinquete, y al instante me respondieron nuestros hombres. — Con igual prontitud me respondieron de la cofa mayor de la fragata.

No hay tripulacion de navío de línea inglés que pueda cumplir órdenes con mayor exactitud.

El tumulto y ruido alarmó bien pronto á la guarnicion de tierra, la cual principitándose sobre sus cañones, principió á tirar contra su misma fragata. — De este modo se nos hacia el cumplimiento de saludar nuestro triunfo; bien que en este caso debian presumir que sus hombres se hallaban á bordo y que al hacer fuego procedian de una manera indigna. — Así sucedió que muchos Españoles cayeron muertos y heridos por los tiros de la fortaleza, contándose entre ellos el capitan Coig, comandante de *la Esmeralda*, quien despues de estar prisionero recibió una fuerte contusion de una bala de su propio partido.

Sin embargo, el fuego de la fortaleza conseguimos neutralizarlo recurriendo ó un medio ingenioso. — Durante la refriega se hallaban presentes dos barcos de guerra extranjeros, la fragata *Macedonia* de los Estados Unidos y la fragata inglesa *Hyperion*. — Estos, segun habian convenido de antemano con las autoridades españolas, en caso de un ataque de noche, alzarian luces particulares como señales, para que no se les hiciera fuego. — Nosotros estábamos preparados para esta contingencia; así fué que en el acto que las

fortalezas comenzaron á tirar sobre *la Esmeralda*, levantamos iguales luces, de modo que la guarnicion se encontraba perpleja sobre qué buque hacer fuego. Por esta causa *la Macedonia* y *la Hyperion* recibieron varios balazos, quedando *la Esmeralda* comparativamente intacta. — Con esto, las fragatas neutrales cortaron sus cables y tomaron el largo, y como el capitán Guise hubiese también cortado los de *la Esmeralda*, contra mis órdenes, no quedó otro partido que tomar sino el largar gabias y seguir. La fortaleza cesó entónces de hacer fuego.

Las órdenes que habia dado eran de no cortar los cables de *la Esmeralda*, para despues de capturada esta, capturar el Maypu, bergantín de guerra que los Españoles habian tomado ántes á Chile; capturado este me proponia atacar y cortar á la ventura todo barco que estuviese inmediato, para lo cual habia sobrado tiempo. — No cabia duda que los Españoles abandonarían los otros buques, una vez apresada *la Esmeralda*, con la precipitacion que les permitieran sus botes, de manera que bien pudieran ser todos cogidos ó quemados. — Era á este fin que se habian dirigido todos mis anteriores planes; pero encontrándome fuera de combate por las heridas que habia recibido, el capitán Guise, en quien recayó el mando de la fragata apresada, varió mis disposiciones y se contentó con *la Esmeralda* sola, cortando los cables

de ella. — La razon que dió para este proceder fué, que los ingleses habian forzado el almacén del aguardiente y se estaban embriagando, mientras los chilenos andaban desorganizados con el pillaje. — Este fué un grande error, pues si se pudo capturar *la Esmeralda* á pesar de su escogida y bien disciplinada tripulacion; poca ó ninguna dificultad habria habido en echar á la deriva á los otros buques. Habria sucedido como en Valdivia, que en vez de perseguir al enemigo de fuerte en fuerte, sin pérdida de nuestra parte, le habríamos perseguido de buque en buque.

El siguiente extracto de la órden preparatoria que se dió para el ataque, demostrará la exactitud de lo que queda expuesto.

« Al apoderarse de la fragata, los marineros y marineros chilenos no gritarán viva Chile, sino *Viva el Rey*, á fin de engañar al enemigo y dar tiempo á que se complete la operacion.

» La fusilería hará fuego desde *la Esmeralda* sobre los dos bergantines de guerra, de los que se apoderarán los tenientes Esmonde y Morgell con los botes de su mando. — Verificado esto, les cortarán las amarras, sacándolos fuera, y los fondearán á lo largo lo mas pronto posible. — Los botes de la *Independencia* echarán á la deriva todos los buques mercantes españoles; y los botes de la *O'Higgins* y del *Lautaro*, á las

órdenes de los tenientes Bell y Robertson, prenderán fuego á uno ó mas cascos de los mas avanzados; pero á estos no se les dejará ir á la deriva, á fin de que no vayan á caer sobre los demas.

» Firmado. — COCHRANE. »

Con haber cortado los cables de *la Esmeralda* ninguno de estos objetos se consiguió.

La Esmeralda se hallaba lista para salir á la mar, teniendo á su bordo provisiones para tres meses y pertrechos para dos años. — Sin duda estaba destinada, si la oportunidad se presentaba, á conducir el buque que llevaba el tesoro, que tambien perdimos por la precipitacion del capitán Guise.

Y en verdad, la circunstancia de hallarse en ese entonces á bordo el almirante español, con su bandera desplegada, era una prueba evidente que la fragata estaba á punto de partir; mas en vez de eso, almirante, oficiales y 200 hombres cayeron prisioneros. — El resto de la tripulacion, de 370 en número, quedaron muertos, heridos ó ahogados.

Durante la refriega ocurrió un incidente que, aun cuando ha trascurrido tanto tiempo, deseo mencionar. — El buque de S. M. británica *Hyperion*, hallándose muy inmediato á *la Esmeralda*, presencié todo lo ocurrido. — Un guardiamarina, que estaba mirando

con otros por un portalon, no pudiendo reprimir sus sentimientos de verdadero inglés, palmoteó en señal de aprobacion al ver como nuestros valientes hacian salir al enemigo del castillo de proa. Despues supimos que se le habia hecho bajar inmediatamente por órden de su comandante el capitan Scarle, amenazándole de ponerle arrestado.

Tal era el modo de sentir de un comandante inglés hácia mí.

No habria hecho mencion de esta ocurrencia, si no fuera porque en otra ocasion anterior el mismo comandante me hizo amenazar quitando las tapa-bocas á sus cañones y poniéndolos en estado de obrar cuando yo entraba en mi almiranta, dándome á entender con esto, ó que me tenia por un pirata ó que como á tal me trataria si encontraba la oportunidad.

Cuando los botes se iban acercando á *la Esmeralda*, de la fragata inglesa se echó á cada uno el quién vive, con la intencion manifiesta de alarmar al enemigo, lo cual habria sucedido si no hubiesen estado descuidados á causa de la estratagema mencionada, de haber hecho salir á nuestros buques de la bahía.

Muy diferente fué la conducta del comandante de la fragata *Macedonia* de los Estados Unidos, cuyos centinelas no nos echaron el quién vive, diciéndonos los oficiales al pesar y á media voz : Les deseamos feliz éxito. — Y mas honorable fué aun el testimonio que

despues dió un hábil oficial, el capitan Basilio Hall que mandaba el navío *Conway* de Su Majestad británica, entónces estacionado en el Pacífico. Tengo á orgullo reproducir ese testimonio, aun cuando no es mas que una recapitulacion de los sucesos referidos, teniendo algunas inexactitudes respecto al número de hombres empleados en el asalto.

« Miétras que el ejército libertador, dice, mandado por el general San Martin, se trasladaba á Ancon, vino lord Cochrane con parte de su escuadra á anclar en la rada anterior del Callao. El puerto interior se hallaba defendido por un basto sistema de baterías, admirablemente construidas, las que comunmente se denominaban los Castillos del Callao. — Los buques mercantes, así como los de guerra, consistiendo en la *Esmeralda*, espaciosa fragata de 40 cañones, y dos corbetas, estaban amarrados bajo la proteccion de los cañones del castillo dentro de un semicírculo de 14 lanchas cañoneras y una barra hecha de berlingas encadenadas unas á otras.

» Habiendo lord Cochrane reconocido previamente en persona estas formidables defensas, emprendió el 5 de noviembre de 1820 la arrojada empresa de apoderarse de la fragata española, aunque era notorio estaba preparada para un ataque. — Su Señoría se adelantó con 14 botes, conteniendo 240 hombres, to-

dos voluntarios de los diferentes buques de la escuadra, formados en dos divisiones, la una mandada por el capitán Crosbie y la otra por el capitán Guise, ambos oficiales comandantes de la escuadra chilena.

» A media noche, despues de haber forzado la entrada por medio de la cadena del puerto, lord Cochrane, que iba conduciendo, bogó para el costado de la primera lancha cañonera, y cogiendo al oficial por sorpresa, le propuso, con una pistola á la cabeza, la alternativa de callarse ó de morir. No encontrando resistencia, adelantáronse los botes sin ser notados, y lord Cochrane, escalando el lado de la *Esmeralda*, fué el primero en dar la alarma. — El centinela del portalon, asestando su fusil, disparó un tiro, pero al instante fué derribado por el patron del bote, y Su Señoría, bien que herido en un muslo, entró al mismo tiempo en el puente, acometiendo con no ménos intrepidez por el lado opuesto de la fragata el capitán Guise, quien se encontró á medio camino del alcázar con lord Cochrane, y el capitán Crosbie, ganando bien pronto la parte posterior del buque, espada en mano. Los Españoles se replegaron al castillo de proa, en donde hicieron una resistencia desesperada, hasta que quedaron vencidos por un destacamento fresco de marinos y marineros, comandados por lord Cochrane. Sobre el puente principal volvieron á hacer una valiente resistencia; pero ántes de la una, la fragata es-

taba capturada, sus cables cortados y se la sacaba en tiempo fuera del puerto.

» Esta pérdida fué un golpe mortal para las fuerzas morales españolas, apostadas en aquella parte del globo; pues aun cuando habia otras dos fragatas españolas y algunos buques menores en el Pacifico, nunca se atrevieron despues á mostrarse, dejando así á lord Cochrane, dueño absoluto de la costa. »

En la mañana del dia 6 tuvo lugar en tierra un espantoso degüello. La fragata de los Estados Unidos habia, como de costumbre, mandado un bote á tierra á hacer provisiones al mercado. — Al populacho se le habia puesto en la cabeza que la *Esmeralda* sin el auxilio de la *Macedonia* no habria podido ser tomada, y por esta idea se arrojaron sobre los del bote y los degollaron.

Los heridos que tuvo la tripulacion de la *Esmeralda* los envié á tierra bajo una bandera parlamentaria, acompañando al virey un oficio mio en que le pedia el canje de prisioneros. — En esta vez el virey accedió cortesmente á la propuesta y en retorno me mandó los prisioneros chilenos que habian estado largo tiempo sufriendo en los calabozos de la fortaleza, y á quienes se mandó unir al ejército del general San Martin.

El general San Martin, en contestacion al parte que

le transmití de nuestra victoria, me contestó la siguiente carta :

« La importancia del servicio que ha hecho V. S. á la patria en la toma de la fragata de guerra española *Esmeralda* y el modo brillante con que V. S. mismo condujo á los bravos de su mando á tan noble empresa en la noche memorable del 5, ha aumentado los títulos que los servicios anteriores de V. S. le daban á la consideracion del gobierno, á la gratitud de todos los que se interesan por la causa, y al aprecio que profeso á V. S.

» Todos los que participaron de los riesgos y de la gloria de V. S. merecen tambien la estimacion de sus conciudadanos; y ya que tengo la satisfaccion de ser el órgano de los sentimientos de admiracion que un suceso tan importante ha excitado en los jefes y ejército de mi mando, se me permitirá expresarlos á V. S. para que sean comunicados á los beneméritos oficiales, tripulacion y tropa de la escuadra, á los cuales se les cumplirán religiosamente todas las promesas hechas por V. S.

» Es muy sensible que á la memoria de un acontecimiento tan heroico se mezclen ideas de pesar excitadas por el recuerdo de la sangre preciosa que se ha vertido ; pero espero que muy pronto esté V. S. en disposicion de dar nuevos dias de gloria á la patria y á su nombre.

» Dios guarde á V. S. muchos años. — A bordo del navío *San Martin*, en Huacho á 10 de noviembre de 1820.

» Firmado. — JOSÉ DE SAN MARTIN.

» Al muy honorable lord Cochrane, vicealmirante comandante en jefe de la escuadra de Chile. »

La expresion de San Martin de cumplir religiosamente las promesas que yo hice, es en alusion á la oferta que él mismo firmó, por haberse así exigido ántes de que saliese la escuadra de Valparaíso, de que se daría un año de paga á los hombres. Con la precedente carta el general San Martin envió otra promesa voluntaria de 50,000 pesos para los aprehensores, los que se pagarian cuando se tomara á Lima.

Ninguna de estas promesas fué jamas cumplida, ni tampoco se obtuvo el dinero de presas.

El general San Martin escribió al gobierno de Chile lo siguiente :

« Excelentísimo señor,

» Tengo el honor de dirigir á V. S. el parte del Exmo. lord Cochrane, vicealmirante de la escuadra, relativo á la heroica captura de la fragata *Esmeralda*, que fué atacada bajo las baterías del Callao.

» Me es imposible encomiar en términos apropiados la arrojada empresa del 5 de noviembre, por la que

lord Cochrane ha establecido la superioridad de nuestras fuerzas navales, ha acreditado el esplendor y poder de Chile y asegurado el buen éxito de esta campaña.

» No dudo que S. E. el Supremo Director hará la justicia debida al digno jefe, oficiales y demas individuos que han tomado parte en accion tan venturosa.

» Dígnese V. S. hacerme el honor de felicitar por mí á S. E. con motivo de tan importante suceso, y muy en particular por la influencia que redundará al objeto que ocupa su solicitud.

» Firmado. — JOSÉ DE SAN MARTIN.

» Cuartel general en Supe, 4º de diciembre de 1820. — Sr. Don José Ignacio Zenteno, ministro de la Guerra. »

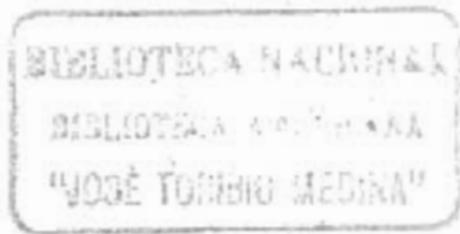
Poco despues de mi partida para el Perú, la condesa Cochrane emprendió un viaje al traves de la Cordillera con direccion á Mendoza. — En aquella estacion, los senderos estaban cegados por la nieve.

Yendo encargada de conducir unos despachos, caminó con ligereza llegando el 12 de octubre al famoso puente del Inca, que está á 15,000 piés sobre el nivel del mar. — En este lugar, la nieve se habia aumentado á tal extremo que era imposible caminar mas adelante, viéndose obligada á quedarse en la casucha ó casa de refugio, construida sobre la nieve para

seguridad de los viajeros. Allí se experimenta un frío tan intenso, á causa de la raridad de la atmósfera y de la ausencia de toda comodidad, al extremo de no encontrarse por cama mas que una piel seca de buey, que estoy seguro pocas señoras querrian sufrir.

Iba la Condesa prosiguiendo su camino por un sendero estrecho y precipitoso, cuando un realista que se habia incorporado á la cabalgata se adelantó en direccion opuesta, queriendo disputarla el paso. — Habia elegido el punto mas peligroso, de manera que un solo paso de la mula dado en falso, bastaba para hacerla rodar al abismo. Viendo esto un soldado probado y afectuoso, llamado Pedro Flores, y conociendo las intenciones del realista echó á galope sobre él y le arrojó un bofetón violento que le impidió consumir sus sangrientos designios.

El malvado, tan luego como se vió atacado, huyó, y fué quizas por esto que se alejó toda otra tentativa contra la vida de mi esposa.



CAPÍTULO V

Superchería del general San Martín. — Levantamiento del bloqueo. — Estado abatido de los Españoles. — Tropas muriéndose de fiebre. — Designios de San Martín sobre Guayaquil. — Conducta sediciosa de los oficiales. — Destitución del virrey. — San Martín manda tropas. — Emulación de San Martín. — Ataque sobre Arica. — Toma de Tacna. — Captura de Moquegua. — Se me niegan más tropas. — Ratificación de un armisticio. — Situación apurada de Lima. — Descontento del ejército.

El día 8 de noviembre me trasladé á Ancon llevando nuestra presa. El ejército nos recibió con grandes aplausos y creyó con seguridad que se le llevaria en el acto sobre Lima, atendiendo á la consternación que habia producido el golpe dado á la fuerzas navales españolas, que los mismos Españoles clasificaron de golpe mortal; pero San Martín, contrariando la voluntad de todos y en particular la mia, en vez de ir á buscar al enemigo, ordenó retirarse á Huacho, punto

adonde tuvieron que marchar la *O'Higgins* y la *Esmeralda* acompañando las tropas, y por consiguiente abandonando el bloqueo del Callao. En vez de desplegar una acción rápida, ó mejor dicho, de haber hecho una demostración, puesto que de nada más se necesitaba para ocupar la capital, San Martín echó una proclama prometiendo, tal cual lo había hecho antes, la más completa libertad al pueblo peruano con tal de que se le uniese.

« Españoles », decía aquella, « en vuestras manos están vuestros destinos. No vengo á declarar guerra contra las vidas y haciendas de los individuos. El enemigo de la libertad é independencia de América es solo el objeto de la vehemencia de las armas de la patria. Os prometo de la manera más formal que vuestras propiedades y personas serán inviolables y que seréis tratados como respetables ciudadanos, si queréis cooperar á la grande causa, etc., etc. »

El día 12 el ejército volvió á desembarcar, con manifiestas demostraciones de descontento por parte de los oficiales, quienes se hallaban naturalmente celosos de la gloria de la escuadra, por no permitirseles tomar parte alguna en ningún género de empresa. El general San Martín, á fin de mitigar este sentimiento, acudió á una superchería casi increíble, cuya tendencia

era inculcar en el espíritu del pueblo chileno la idea de que el ejército era quien había capturado la Esmeralda y no la escuadra ! El mismo San Martín llegó á afirmar, que la empresa no había sido sino el resultado de sus planes, á los cuales yo había asentido ! cuando era un hecho evidente que yo, dudando de sus confidentes, había tenido que ocultar hasta la intención de dar tal ataque. — Hé aquí un extracto del boletín que dió al ejército en esa ocasión :

« Antes de separarse el general en jefe del vicealmirante de la escuadra, se concertaron en llevar á cabo un proyecto memorable capaz de sorprender á la intrepidez misma ! y hacer eterna la fama de la expedición libertadora del Perú !

» Aquellos valientes soldados que por largo tiempo habían sufrido con constancia heroica la mas cruel opresión, y el tratamiento mas inhumano en los calabozos de Casas-matas, acaban de llegar á nuestro cuartel general. Ni promesas halagüeñas de libertad, ni amenazas de muerte han podido derrocar su lealtad hácia su país ; bien por el contrario, esperaron con aliento el día en que sus compañeros de armas vendrían á arrancarlos de su infortunio, y á vengar los insultos que en sus personas recibiera la humanidad ultrajada. Esta gloria estaba reservada al ejército libertador, cuyos esfuerzos arrancaron á la tiranía estas

honrosas víctimas. Que esto se publique para satisfacción de estos individuos y del ejército á cuyas armas deben su libertad. »

De este modo se hizo aparecer ante el pueblo de Chile que el ejército habia capturado la fragata, y en seguida libertado á los prisioneros, á pesar de que ni un solo hombre del ejército terrestre hubiese tenido ni idea del ataque que yo intentaba, ni ménos hubiese podido cooperar al triunfo, en razon de hallarse á una gran distancia del teatro de la accion.

Este boletín causó gran sorpresa entre las tropas; pero como en él se halagaba su amor propio ante el pueblo chileno, lo aceptaron sin dificultad. Entretanto, yo consideré indigno de mí el ponerme á refutar una falsedad tan notable y palpable á toda la expedicion. Sin embargo, tal medida produjo el efecto calculado por San Martín, calmando por lo pronto el general descontento que presagiaba sérias consecuencias.

El día 15 volvimos á salir de Huacho para renovar el bloqueo delante del Callao, que era lo único que podia hacerse de importancia, pues así se impedia la introduccion de víveres á la capital, cuyos habitantes, á consecuencia de las privaciones que sufrían, causaban al gobierno del virey grande inquietud.

En esta vez se hicieron varias tentativas para insti-

gar á las fuerzas navales españolas á que saliesen del abrigo de las baterías. Se dejó la *Esmeralda* y la *Almiranta* en apariencia al alcance de ellos, ocupando posiciones algo peligrosas; otra vez llevé esta última por un estrecho que llaman el Boqueron, en donde hasta entónces solo se habian visto goletas de 50 toneladas. Los Españoles esperaban por momentos ver encallar mi buque y para el caso prepararon lanchas cañoneras para atacarme. Nosotros, habiendo descubierto un canal, navegábamos con poco peligro auxiliados por unos trozos de madera que no eran vistos de tierra y pasamos sin dificultad.

El 2 de diciembre, la *Esmeralda* se hallaba en una situacion mas tentadora que de costumbre y las cañoneras españolas se aventuraron á salir á capturarla. Sostuvieron un vivo fuego por el espacio de una hora, pero al ver que la *O'Higgins* maniobraba para cortarlas, huyeron con precipitacion.

La victoria que la escuadra habia obtenido causó gran desaliento en las tropas realistas y de aquí nació, que el dia 3 se desertase el batallon Numancia, compuesto de 650 hombres diciplinados y se fuese á unir al ejército chileno en Chancay. El dia 8 siguieron el mismo ejemplo cuarenta oficiales del ejército español y no pasó dia en lo sucesivo en que no viniesen á unirse al ejército patrio soldados rasos, empleados civiles ú oficiales. De este modo se reforzó este consi-

derablemente, siendo para el virey una grave pérdida una defeccion tan considerable de sus tropas ¹.

El dia 6, el coronel Arenales, quien despues de su precedente victoria habia vuelto á marchar al interior y derrotado una division del ejército realista, al adelantarse sobre Huamanga, las autoridades se fugaron y sus habitantes se declararon independientes. Tarma fué asimismo abandonado é igualmente Huanuco, Cuenca y Loja que siguieron el ejemplo de Huamanga. Al propio tiempo y llegando la noticia de la toma de la *Esmeralda*, la importante plaza de Trujillo se sublevó, encabezando el movimiento el gobernador que allí tenian los Españoles, el Marques de Torretagle.

A pesar de una sucesion tal de acontecimientos favorables, el general San Martín se negó á marchar sobre Lima, permaneciendo inactivo en Huaura, plaza insalubre, y en la cual perdió de fiebres casi una tercera parte de sus fuerzas durante el dilatado tiempo que allí se estuvo. En vez de apoderarse de la capital, punto en donde el ejército habria sido bien

1. Aun cuando es verdad que los triunfos de la escuadra coadyuvaron á la desercion del ejército español, la verdadera causa de ello se encontraba en los misteriosos trabajos que hacian los patriotas peruanos, minando el poder de la España é introduciendo el espíritu nacional en el ejército, que en su mayor parte se componia de Americanos reclutados. San Martín, que estaba al corriente de estos trabajos, esperaba que todo le fuese hecho. N. DEL ED.

recibido, determinó enviar la mitad del ejército á Guayaquil con el objeto de anexar aquella provincia. Esta fué la primera vez en que San Martín manifestó la idea de fundar un imperio que le perteneciese y á lo cual aspiró mas tarde de una manera mas clara. A pesar de ello, el verdadero objeto de la expedición se encubrió haciendo valer, que ella se proponía cumplir lo que se habia prometido de dejar libres las provincias emancipadas, para que eligiesen, sin la presión del ejército, la forma de gobierno que quisieran.

Conociéndose que yo no consentiría se distrajeran las fuerzas navales del objeto á que habian sido destinadas, el proyecto fué abandonado; mandando el general San Martín, que las tropas que habian avanzado hasta Chancay se volvieran á Huaura, con cuya medida el ejército libertador se alejó mas de las fuerzas enemigas y proporcionó á los contrarios el medio de impedir la deserción emprisionando y matando á cuantos la intentaban.

A pesar de todo, San Martín no abandonaba la idea de realizar sus planes sobre Guayaquil. Con este ánimo envió á las señores Don Tomas Guido y coronel Luzuriaga, á cumplimentar á Torre-Tagle y á otros, poniéndolos en guardia contra los designios que presumia en Bolívar, quien por sus victorias en Colombia hacia temer á San Martín tuviese miras sobre el Perú.

A los comisionados se les habia ordenado hiciesen presente, que si tales se manifestasen las intenciones de Bolivar, Guayaquil seria considerado como provincia meramente conquistada; pero que, si los habitantes de esa plaza se unian á San Martin, este la haria, tan pronto como tomase á Lima, *el puerto principal de un grande imperio*, y que los diques y arsenales que su marina debiera necesitar, enriquecerian la ciudad sobremanera. Al propio tiempo se les exhortaba á mantener en pié una milicia que tuviese á Bolivar á distancia.

San Martin, con el ánimo de ganarme á su partido me hizo la lisonja de proponerme se cambiara el nombre de la fragata *Esmeralda* por el de *Cochrane*, significándome para ello, que puesto que ya otros buques llevaban los nombres de *O'Higgins* y *San Martin*, era necesario que la *Esmeralda* llevase el mio. A esta pretension opuse mis reparos, porque de asentir á un paso tal, tal procedimiento en el sentir de muchos equivaldria á identificarme con la conducta que San Martin se propusiese seguir y sobre la cual tenia yo mis conjeturas, por lo evidente que me eran sus planes futuros. Oponiéndome á admitir el honor propuesto, San Martin me expresó que yo indicase el nombre que se deseara para cambiar el de la *Esmeralda*, á lo cual me negué tambien. Entónces me replicó : «*Llamémosla la Valdivia* en memoria de haber V. conquistado esa

plaza. » El resultado fué que la *Esmeralda* cambió su nombre por el de *Valdivia*. Esto dió lugar á un incidente.

El mando de la *Valdivia* fué dado al capitan Guise : con este motivo los oficiales de ella le escribieron una carta, poco respetuosa hácia mí, en la que le manifestaban que ellos nada habian tenido que hacer con la toma de Valdivia y que el nombre del buque debia cambiarse por otro mas conforme con los sentimientos que ellos abrigaban, cual era de *Guise*. Y como las conversaciones que otros oficiales tenian con el resto de la escuadra tendian á menospreciar mi carácter y autoridad, á fin de producir una desorganizacion, sometí á un consejo de guerra á todos los que habian firmado la expresada carta. De allí resultó que dos de ellos fueron expulsados del servicio y los demas separados del buque, recomendándolos á San Martin los colocase en otra parte.

Durante el arresto de estos oficiales habia determinado atacar las fortificaciones del Callao, procurando tomarlas por un golpe de mano, igual al que habia salido bien en Valdivia. Para el efecto practiqué un reconocimiento con el *Potrillo* y me convencí de que mi plan era practicable.

El dia 20 fué notificada esta determinacion en una órden, haciendo saber, que al dia siguiente atacaria con los botes de la escuadra y el *San Martin*. Esta

órden fué acogida con grandes aclamaciones por la tripulacion de este buque, y de todos los otros se presentaron voluntarios, impacientes de ir en los botes.

El capitan Guise, en vez de alistarse á apoyar mis operaciones, me escribió una carta rehusando el servir si no era acompañado de los oficiales que estaban arrestados, añadiendo, que si no los ponía en libertad daría su dimision. Mi respuesta fué, que no los pondría en libertad ni aceptaría su renuncia, caso de que no tuviese mejores razones en que apoyarla. Guise me replicó, que el negarme á soltar sus oficiales era razon bastante para dejar su empleo. En virtud de esto le ordené levase el ancla para llenar un servicio de importancia, órden que rehusó cumplir, fundándose en que ya no le era posible obrar por haber entregado el mando del buque al teniente Shepherd.

Conociendo que el espíritu de tales actos era suscitar un motin y que la causa de ello eran Guise y Spry, mandé á este se dirigiese á Chorrillos con el *Galvarino*; entónces este me pidió le permitiese hacer tambien su dimision, puesto que « su amigo el capitan Guise se habia visto obligado á hacerla, y que él habia entrado en la marina de Chile á condicion de servir tan solo con el capitan Guise, bajo cuyo patronato habia dejado la Inglaterra. » El estado de motin en que se hallaba el *Galvarino* era tal que tuve que comisionar á mi capitan de bandera Crosbie para ir á restablecer el

orden. Spry afectó entónces considerarse suspendido y reclamó la inmunidad de la ley marcial. En consecuencia le mandé formar consejo de guerra y sé le expulsó del buque.

Los dos oficiales, causa de estos disturbios, se fueron acto continuo al cuartel general en donde San Martín nombró á Spry su ayudante de campo naval, promoviéndole así del modo mas público, por haber desobedecido á mis órdenes y como una reprobacion á la sentencia del consejo de guerra. Esta era una prueba bastante concluyente, de que dichos oficiales habian obrado segun instrucciones de San Martín. Qué objeto se proponia en ello, se verá en el curso de esta obra.

La conducta que seguia San Martín demostró suficientemente que él habia sido el alma del disturbio que anteriormente habia ocurrido en Valparaíso, y que en las dos ocasiones, los oficiales amotinados se creyeron salvos por su proteccion. Con todo, debo hacerles la justicia de considerarlos, por aquel entónces, ignorantes de las traidoras miras á que mas tarde tuvieron que servir de instrumentos.

Conociendo San Martín, que si dichos oficiales volvian á la escuadra yo les castigaria de propria autoridad, les hizo permanecer en el cuartel general cerca de su persona.

Las tropas realistas, que se hallaban en Lima, habian llegado á un grado tal de descontento contra

el virey Pezuela, atribuyendo absurdamente nuestras ventajas á incapacidad militar del virey, que le depusieron por la fuerza, obligándole de antemano á nombrar por sucesor al general La Serna. El virey depuesto, deseando enviar á Europa á su señora y familia, ocurrió por un pasaporte al general San Martín para que no fuese tomada por la escuadra chilena. San Martín lo negó. En estas circunstancias había llegado al Callao la Condesa Cochrane en la fragata inglesa *Andromache*, con el objeto de despedirse de mí antes de regresar á Inglaterra. La esposa del virey, Doña Angela, suplicó á mi esposa interpusiese su valer con el general para que le permitiese marchar á Europa. La Condesa se dirigió inmediatamente á Huaura y obtuvo aquel, quedándose un mes en el cuartel general, en casa de la señora peruana Doña Josefa Monteblanco.

Por influjo de la Condesa Cochrane, se obtuvo el pasaje de la ex vireina á bordo del *Andromache*, adonde me invitó á encontrarla su capitán Sheriff. En esta entrevista la ex vireina se manifestó sorprendida de encontrar que yo era « un caballero y *un ser racional*, y no un *bruto feroz* como le habían hecho consentir. » La manera sencilla con que hizo esta declaración, causó no poca risa á la sociedad reunida allí.

Como mi ánimo no era permanecer en la inercia, después de graves dificultades, conseguí persuadir á

San Martín me dió una división de 600 hombres, mandados por el teniente coronel Miller. Con ella nos hicimos á la vela para Pisco el día 13 de marzo. Pisco, después de la infructuosa permanencia de 50 días que allí tuvo San Martín con el ejército, y después de haberlo abandonado, había sido nuevamente ocupado por los realistas. El día 20 lo volvimos á tomar y allí supimos que los Españoles habían castigado severamente la supuesta defección de sus habitantes por haber contribuido á abastecer las tropas libertadoras. Ellos creían que no volveríamos, y confiados en tal creencia habían vuelto á traer sus ganados, de los cuales tomaron 500 cabezas y 300 caballos para el servicio del ejército.

Antes de marchar á Pisco, había vuelto á instar al general San Martín avanzase sobre Lima. Procedía así por el íntimo convencimiento que tenía de la buena voluntad de los habitantes de la capital hacia nosotros. San Martín rehusó seguir mis instancias, por lo cual le pedí 2,000 hombres, con los que me comprometía á tomar la capital. También se me negó este pedido. Entonces volví á prometer la consecución de dicho fin con solo 1,000 hombres, lo que también me fué negado. Lo único que se me concedió fué la gente que mandaba Miller, y esto por verse libre de mis *importunidades*. Sin embargo, me determiné á sacar el mejor partido posible de esta fuerza.

El único modo que se presenta para explicar la resistencia que el general San Martín manifestaba para poner á mis órdenes una fuerza militar adecuada, era la violenta emulacion que le hacia ver en mí un rival para el gobierno del Perú, en lo cual no tenia razon, por que nunca habria tratado de mezclarme en el gobierno una vez que se hubiese consumado la reduccion del país. Sin embargo, esa era la voz que corria entre los oficiales del ejército, que ansiaban servir á mis órdenes. San Martín, con el carácter suspicaz que tenia, no pudo fiarse de mí jamas, y por eso trató de deprimir mi reputacion entre los suyos, poniendo para ello en juego todos los resortes posibles. De aqui nacia que sus esfuerzos eran grandes para impedir que la escuadra cogiese nuevos laureles, en lo cual sacrificaba su propia reputacion á una demente envidia.

El dia 18 trasladé mi pabellon al *San Martín*. Dejé al *O'Higgins* y la *Valdivia* en Pisco para proteccion de las tropas y zarpé para el Callao, adonde llegamos el 2 de abril. El dia 6 volvimos á atacar las embarcaciones del enemigo que se hallaban al abrigo de las baterías, causándoles daño considerable. No hicimos mayores esfuerzos para apoderarnos de ellas, porque tenia otras miras. Despues de esta demostracion, que solo tenia por objeto obligarles á no salir de su guarida, volví sobre Pisco.

Como el general San Martín me habia dado un po-

der discrecional para hacer lo que quisiera con las pocas tropas puestas á mi disposicion, resolví ir á atacar á Arica. Al efecto, las tropas fueron reembarcadas y el 21 abandonamos á Pisco, llegando á las inmediaciones de Arica el 1° de mayo. En el acto intimé rendicion al gobernador de aquel puerto, prometiéndole respetar las personas y la propiedad privada. El gobernador se negó á entregar la plaza, por lo cual tuvo lugar en el acto un bombardeo que poco efecto causó, en razon de no podernos acercar á las fortificaciones por los obstáculos que el puerto ofrecia. Fué necesario practicar un prolijo reconocimiento, alar el *San Martin* mas cerca de la costa y lanzar sobre la villa algunas bombas; mas esto tampoco produjo el efecto deseado, por lo cual desembarcamos una porcion de las tropas en Sama, hácia el norte de la poblacion, siguiéndolas con el resto el coronel Miller, y el capitán Wilkinson con los marinos del *San Martin*. El enemigo al presenciar esta maniobra se puso en fuga y la bandera de la patria se enarboló sobre las baterías. Allí cogimos una considerable cantidad de abastecimientos, cuatro bergantines españoles, los cañones del fuerte, la artillería de repuesto y un gran surtido de mercaderías europeas, pertenecientes á españoles residentes en Lima, las que llevamos á bordo del *San Martin*.

El dia 14 ordené al coronel Miller se apoderase de

la villa de Tacna, poniéndose al frente de las tropas y marinos. Tacna se entregó sin resistencia, pasándose á nuestras filas dos compañías de infantería del enemigo. De ellas formé la base de un nuevo regimiento que debía llamarse « Independientes de Tacta. »

Con tiempo supimos que el general español Ramirez habia mandado reunir en Tacna tres destacamentos que debian salir de Arequipa, Puno y La Paz, con el ánimo de ejecutar la acostumbrada órden de « arrojar los insurgentes al mar. » En consecuencia, Miller determinó atacarles ántes de que pudieran reunirse y salió al encuentro del que venia de Arequipa al mando del coronel La Hera. En Maribe lo encontró y lo derrotó quedando casi todos muertos ó prisioneros, tomándoles ademas 400 mulas con sus equipajes.

En esta accion perdimos un oficial de mérito, el Sr. Welsh, cirujano subalterno, que voluntariamente habia acompañado la fuerza. Su muerte fué sentida de todos y su falta fué una pérdida para el servicio de la patria.

Aun no habia terminado la accion en Maribe cuando ya se veian venir los destacamentos de Puno y La Paz: fué necesario hacerles frente. Miller, con la actividad que acostumbraba despachó al capitán Hind al mando de un piqueté armado de cohetes, para impedirles el paso del rio. Los realistas, al ver que el destacamento de Arequipa habia sido destrozado, volvieron á mon-

tar en sus mulas y se largaron en direccion de Moquegua.

El 22 Miller salió en persecucion de los realistas fugitivos, y el 24, despues de una marcha forzada de cerca de cien millas, entró en Moquegua, en donde encontró al enemigo, ménos al coronel que se habia desertado. A pesar del cansancio de los Chilenos, se atacó en el acto y se hicieron prisioneros á todos, salvo unos 20 muertos. Los habitantes se pronunciaron al punto por la causa de la Independencia, dando el ejemplo su gobernador el coronel Portocarrero.

El dia 25 supo Miller que una fuerza enemiga iba á pasar por Torata. Determinó salirle al encuentro y el 26 la encontró, dispersándola y haciéndola prisionera, del mismo modo que lo efectuó con los fugitivos de Arica, ascendiendo el número á 400 hombres. Así fué, que en ménos de 15 dias, despues de haber desembarcado en Arica, los patriotas habian muerto ó hecho prisioneros á mas de 4,000 hombres del ejército realista, no arredrándoles las marchas forzadas, el hambre ni las privaciones de todo género, pues los Chilenos lo sobrellevaban todo con buen ánimo, alentados por el amor al país y el afecto que profesaban á su comandante. Resultado de estas operaciones fué que los Españoles quedaron sometidos desde el mar hasta las cordilleras, siendo Arica la llave de todo el país.

Asegurado de que Miller se hallaba en Moquegua, me trasladé con el *San Martín* á Ilo, de cuyo surgidero se auxiliaba á la fuerza patriótica de cuanto necesitaba. Los enfermos fueron puestos á bordo de los bergantines capturados en Arica, junto con los coroneles Sierra y Suarez que habian sido hechos prisioneros y á quienes puse en libertad bajo la palabra de honor empeñada de que no volverian á servir hasta que fuesen debidamente canjeados.

Ya he dicho, que ántes de partir para Arica el general San Martín me habia dado ilimitados poderes para obrar con las fuerzas puestas á mi disposicion. Creíase que mi objeto era hacer una diversion en favor del general, en lo que por cierto no pensaba, á causa de que no habia diversion posible que fuese provechosa, desde que el ejército habia permanecido inerte, á excepcion del destacamento mandado por el coronel Arenales.

Yo no me detuve en consideraciones aisladas; y proyectando un plan mas basto de operaciones, escribí al gabinete de Santiago me mandase 1,000 hombres, y si no le era posible, 500 con 1,000 fusiles de los que habia abundancia en el arsenal, para con ellos ir armando los reclutas que fuesen llegando. Con estos recursos fácilmente nos hubiéramos hecho dueños de las provincias meridionales del Perú, por encontrarse muy bien dispuesto el pueblo en favor nuestro. A vista de esta

expectativa, comuniqué al gobierno que con semejante fuerza podíamos conservar todo el bajo Perú y ganar gradualmente posesion del alto. Mi peticion fué denegada, bajo el falso pretexto de que el gobierno no tenia medios para equipar una expedicion tal. De este modo se desperdió la buena voluntad que los nativos habian manifestado.

A pesar de tal negativa, me determiné á seguir adelante, confiando en los sacrificios que los Peruanos habian hecho en favor nuestro.

El general Ramirez se ocupaba á la sazón en reunir activamente gente de las guarniciones que estaban distantes, para obrar contra nuestra pequeña fuerza que sufría fuertemente de tercianas. Con todo, nosotros hicimos los mayores esfuerzos para penetrar en el interior despues de haber alistado un considerable número de reclutas tomados en las provincias contiguas. Todo prometia un pronunciamiento general en pro de la Independencia, cuando el gobernador de Arequipa nos comunicó la noticia de haberse firmado un armisticio entre el general San Martin y el virey La Serna. Esto no podía sernos mas perjudicial, pues sucedia en los momentos en que las hostilidades podian proseguirse con el mejor éxito y en circunstancias en que nos preparábamos para atacar al mismo Arequipa. Se colige mas aun lo perjudicial del tal armisticio, desde que fué el virey quien lo habia propuesto, en

razon de saber los progresos de nuestras armas, induciendo con arte á San Martín á hacer tal arreglo, para detener nuestras operaciones en el Sur.

El armisticio fué ratificado el 23 de mayo y enviado en posta al gobernador de Arequipa, manifestando el virey con una semejante precipitacion el objeto que se habia propuesto al inducir al general San Martín á ratificarlo.

El haberse considerado el armisticio como un preliminar hácia la Independencia del Perú, era un grande error de parte de San Martín, porque el virey La Serna no tenia mas poder para reconocer la absoluta independencia de los colonos, que el que habia tenido Pezuela. Por lo tanto, el objeto del armisticio no podia ser otro que el de poner impedimentos á nuestro progreso, dando con ello tiempo á los generales españoles de reconcentrar sus tropas esparcidas, sin que la causa de la patria tuviese una ventaja correspondiente.

Encontrándome reducido á la inaccion, bajé á Mollendo, en donde se cargaba de granos una embarcacion neutral destinada á abastecer á Lima. Esta ciudad se hallaba reducida á una situacion extrema por la vigilancia de la escuadra, situacion que se manifestaba en la exposicion que el cabildo dirigiera al virey : « — La mas rica y opulenta de nuestras provincias ha sucumbido á una fuerza enemiga sin encontrar oposicion, y á las otras provincias les amenaza

LIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"OSÉ TORIBIO MEDINA"

igual suerte, mientras que la sufrida capital de Lima está experimentando los efectos terribles de un riguroso bloqueo, hambre, latrocinios y muerte. Nuestros soldados no respetan los últimos vestigios de nuestros bienes, destruyendo asimismo el ganado indispensable para cultivar la tierra. Si esta plaga continúa ¿qué será de nosotros y de nuestra misera condicion?» Por el extracto de semejante manifestacion se ve que la escuadra estaba á punto de reducir á Lima por hambre. Mientras tanto, los habitantes preveían que, por mas inactivo que se hallase el ejército del general San Martin, nuestra pequeña division en el Sur penetraria pronto en las otras provincias, las cuales deseaban apoyar nuestros esfuerzos en favor de la Independencia.

Al asegurarme del hecho de estarse embarcando trigo para socorrer á Lima, escribí al gobernador de Arequipa, manifestándole mi sorpresa de permitirse á neutrales embarcar provisiones durante el armisticio. A esto se me respondió se darian las mas estrictas órdenes para hacerlo cesar, en cuya inteligencia me retiré de Mollendo, dejando un oficial que vigilase. Habiendo continuado el embarque, volví de nuevo y puse á bordo todo el trigo que encontré en tierra. En vista de esto el coronel La Hera á la cabeza de 4,000 realistas se apoderó de Moquegua, bajo el pretexto de haber yo roto el armisticio.

A la vez que pasaban estos sucesos, las noticias privadas que recibia del cuartel general me informaban : que el descontento del ejército chileno se aumentaba de día en día á causa de la inaccion en que se le tenia y la emulacion que despertaban nuestros progresos; sabia tambien que Lima deseaba con ansia el recibirle, tanto por salir del estado apremiante en que se encontraban sus habitantes, quanto porque tal era la inclinacion del pueblo. Mas, á pesar de todo ello, San Martin no quiso aprovecharse de las circunstancias que militaban en su favor, haciendo con tal conducta nacer un descontento tal en las filas, que principió á tomar el carácter de insubordinacion. El brindis que se oia diariamente á la mesa de los oficiales era : « *A los que pelean por la libertad del Perú, no á los que escriben.* »

Conociendo San Martin el modo de pensar de su ejército, se trasladó á bordo de la goleta *Montezuma* para restablecer su salud.

Se me habia informado tambien que el virey negociaba con San Martin una próroga del armisticio por diez y seis meses mas, para tener tiempo de consultar con la corté de Madrid, si la madre patria consentia en la independenciam del Perú! A la vez se me comunicó oficialmente haberse concedido otra próroga de doce dias.

Convencido, como estaba, de que nada bueno habia

que esperar del cuartel general, me determiné á ir al Callao para conocer el verdadero estado de las cosas. Al coronel Miller le ordené regresase á Arica, abasteciése y equipase los barcos apresados, á fin de estar listo para embarcar las tropas en caso de emergencia.

CAPÍTULO VI

Mi vuelta al Callao. — Lima es abandonada. — San Martín ocupa la capital. — Pérdida del *San Martín*. — Excesos de los Españoles. — Proclamación de la Independencia. — San Martín se arroga el poder absoluto bajo el título de Protector. — Mi representación. — Respuesta de San Martín. — Estado de motin de la escuadra por el descuido en que se la tenía.

El día 2 de julio llegamos al Callao y allí supimos que Lima no podía sostenerse por más tiempo, por falta de víveres, y que el virey pensaba abandonarla.

Previendo que cualquiera demostración de mi parte podía contrariar semejante determinación, me retiré á alguna distancia del puerto á esperar el resultado que no podía tardar ya, desde que el pueblo se había vuelto tumultuoso y había perdido toda esperanza de socorro, proveniente de los Españoles.

El día 5 supe que el virey hacia esfuerzos por proro-

gar el armisticio. En el acto volví á entrar en la bahía con el *San Martín*, hallándose ausente en la costa el *O'Higgins*.

El día 6 abandonó el virey la ciudad, conservando la fortaleza del Callao, despues de haberla reforzado con parte de las tropas que habia retirado de Lima. En los fuertes dejó una gran cantidad de artículos de guerra, con lo cual los puso mas bien servidos que ántes.

El ejército libertador permaneció aun inactivo, con sorpresa de Peruanos y Chilenos; y como las tropas españolas habian abandonado la ciudad dejándola en acefalia, se temieron serios desórdenes. Para prevenirlos, el cabildo pidió al capitán Basilio Hall, que entonces mandaba el buque de guerra inglés *Conway*, auxilio para mantener la tranquilidad y proteger la propiedad pública y privada. Inmediatamente envió aquel oficial un destacamento de marinos, el cual contribuyó á conservar el orden.

El virey habia informado al general San Martín de que iba á abandonar la capital, por lo cual llegó este al puerto en la goleta *Sacramento* sin haber dado órdenes para su ocupación.

El día 7 entró en Lima, *sin órdenes*, un destacamento de caballería y el día 8 le siguió otro de infantería.

Al entrar en la bahía el día 8, me sorprendí de encontrar al general San Martín que aun no habia salido de la goleta, siendo que en ese día estaba entrando en

masa en Lima el grueso del ejército y la ocupacion era completa.

San Martin se quedó á bordo hasta el dia 10 en la noche, que saltó en tierra á ocultas.

Como los fuertes del Callao continuasen en poder del enemigo, me preparé á atacarlos y á destruir las embarcaciones que estaban á su abrigo. La guarnicion tuvo conocimiento de mis planes y el dia 11 echó á pique al *San Sebastian*, la única fragata que les quedaba en el puerto, á fin de que no cayese en nuestro poder. Al dia siguiente llegaron el *O'Higgins*, el *Lautaro*, el *Puyredon* y el *Potrillo*, volviendo de este modo á quedar completa la escuadra.

En el capítulo anterior se ha visto que en Mollendo me habia apoderado de una considerable partida de granos, por haberse roto el armisticio. Conservaba á bordo esta existencia, y como Lima se hallaba sufriendo de hambre, San Martin ordenó que el trigo, del cual habia mas de 2,000 fanegas á bordo del *San Martin*, fuese desembarcado en Chorrillos, libre de derechos. Como el *San Martin* se hallase sumamente cargado, hice ver lo dificultoso que era el anclaje y el peligro que se corria, atendiendo á que la sola ancla que tenia el buque estaba formada de los restos de dos anclas amarradas. A esta objecion no se hizo caso, de lo cual resultó lo mismo que habia previsto, que el buque baró en la costa de Chorrillos y se fué

á pique, no pudiendo resistir á la fuerte mar de leva que sobrevino.

El día 17 recibí un convite del cabildo para ir á visitar la ciudad. Al desembarcar noté se habian hecho preparativos para dar á esta visita el carácter de una entrada pública. Nos esperaban carrozas y diputaciones de las diferentes corporaciones. Al saber esto rehusé entrar en Lima de un modo tan ostentoso, atendiendo á que el general San Martín habia entrado de noche y en secreto. Sin embargo, me vi obligado á dar un besamános en el palacio, adonde concurrieron á felicitarme las autoridades y los principales habitantes.

El general San Martín rehusó asistir á esta demostracion de felicitaciones, quedándose en la Legua, á medio camino entre Lima y el Callao, punto en donde habia establecido su cuartel general. Seguramente no le agradaron esas demostraciones hechas á uno que, como capitan general que era, podia considerar su subordinado, mucho mas desde que á él no se las habian hecho.

Al día siguiente, el general San Martín creó una guardia cívica en lugar de la guardia española que habia evacuado la capital, nombrando comandante de ella al Marqués de Torre-Tagle. Al propio tiempo, el general retuvo consigo todo el ejército libertador, siendo evidente que si hubiese mandado una parte de él en persecucion de los realistas, habria conseguido

que la mayor parte de esas tropas se hubiesen venido á las filas de la patria. Prueba de ello es, que el coronel Rodil, que las mandaba, tuvo que fusilar gran número de los que trataban de desertarse. Las guerrillas solas de los patriotas, sin ayuda alguna, habian derrotado á fuerzas unidas del enemigo. De modo que, si una parte del ejército hubiese obrado en union de las guerrillas, el ejército realista habria concluido en la retirada, y se habria evitado que fuese á servir de núcleo para un gran ejército, que despues de mi partida para Chile no solo amenazó la independendia del Perú sino aun la de Chile mismo.

No habiendo encontrado oposicion el ejército realista, y habiendo quedado abandonadas las poblaciones que ántes habian adherido á la causa de la independendia, los Españoles cometieron grandes excesos entre los habitantes del interior, sometiéndoseles á los rigores de la ley marcial, y sin que encontrasen proteccion alguna. Esto era mas notable desde que ellos habian negado obediencia al virey, fiados en la proteccion que se les ofreció.

En vez de mandarse proteccion á los Peruanos del interior, se lanzaron proclamas sumamente pomposas, en las que se presentaba la ocupacion de la capital como resultado de sucesivos combates, siendo evidente que no se habia disparado un tiro para ello, excepto por el destacamento del coronel Arenales y la escuadra;

cuya vigilancia en mantener el bloqueo y sus acciones anteriores habian producido tal desaliento en el enemigo y reduciendolo á tales apuros, que hizo inevitable el abandono de Lima.

La fuerza que se conservó para custodia de la capital fué excesiva, porque sus habitantes estaban bien cansados de las pasadas calamidades para que desearan volver á pasarlas. Pero no eran esas las miras de San Martin al retener consigo el ejército; necesitaba la fuerza militar para llevar á cabo otros objetos bien distintos de aquellos que él habia anunciado en sus proclamas y que el gobierno de Chile le habia comfiado.

El dia 24 mandé al capitán Crosbie se dirigiese al Callao en los botes y cortase todas las embarcaciones del enemigo que pudiera traer consigo. Esta comision fué desempeñada de la manera mas bizarra. Al dia siguiente se trajó los dos buques mercantes *San Fernando* y *Milagro* y la corbeta de guerra *Resolucion*, á la vez que otras lanchas, y quemó dos embarcaciones mas que se hallaban á tiro de fusil de las baterías.

El dia 27, el cabildo me mandó un convite para asistir á la proclamacion de la Independencia del Perú; el cual, por reconocer ampliamente los deberes que los Limeños tenian para con la escuadra, lo trascibo :

« Lima va á solemnizar el acto mas grandioso que

haya efectuado en tres siglos, ó desde su fundacion : la proclamacion de su independenciam y absoluta exclusion del gobierno español, lo mismo que del de toda otra potencia extranjera; y deseando este cabildo dar á la ceremonia todo el decoro y solemnidad posible, cree indispensable el que V. E., que tan gloriosamente ha cooperado á la realizacion de tan deseado objeto, se digne asistir á este acto con sus ilustres oficiales, el sábado 28 del corriente. »

Teniendo la conciencia de que yo y los oficiales de mi mando habíamos sido los principales cooperadores á establecer la independenciam del Perú, acepté la invitacion. Calcúlese cuál seria mi sorpresa en el acto de la ceremonia, cuando vi distribuir medallas, en las que se atribuia al general San Martin y al ejército todo el mérito de lo obrado por la escuadra. Las medallas tenian la siguiente inscripcion : *Lima obtuvo su independenciam el 28 de julio de 1821, bajo la proteccion del general San Martin y el Ejército Libertador.*

Quedaba completo el acto de la declaracion de la independenciam, segun las promesas y deseos del gobierno de Chile. San Martin, al enarbolar la bandera nacional, pronunció las siguientes palabras : « El Perú es desde este momento libre é independiente, por el consentimiento unánime del pueblo y por la justicia de su causa que Dios defiende. »

Los habitantes de Lima quedaron muy contentos al ver terminar el gobierno de la conquista y que su independencia se hallaba reconocida, según lo había prometido Chile. En prueba de reconocimiento, el cabildo mandó una diputación el día 29 al general San Martín, ofreciéndole á nombre de los habitantes de la capital la presidencia del Estado. Con gran sorpresa de los enviados, se les hizo contestar por San Martín, *que tal ofrecimiento era superfluo puesto que ya había asumido el mando, el que conservaría todo el tiempo que le pareciera, y que entretanto no permitiría se formasen reuniones para discutir los asuntos públicos.*

He aquí el primer acto de libertad é independencia que disfrutaba el pueblo, un día después de haber sido proclamada tan pomposamente. Se establecía un gobierno despótico, en donde el pueblo no tenía voz ni voto, y esto ¡por un general de una República que solo existía en virtud de la voluntad del pueblo!

Para un paso tal como el que se había dado, no se me consultó en nada, seguramente porque sabían que yo no me prestaría á actos que no fuesen para sostener intactas las intenciones del supremo gobierno de Chile, declaradas en diversas proclamas.

Con tales procedimientos acabé de convencerme que el general, al haber tenido al ejército en la inacción, su mira había sido conservarle intacto para sostener

sus ambiciosas miras y mantener á Lima á su discrecion, cual un conquistador.

Como la existencia de la nueva autoridad constituida estaba en contradiccion con las instituciones de Chile y lo tantas veces prometido á los Peruanos, volví á trasladar mi pabellon á bordo del *O'Higgins*, resuelto á defender los intereses de Chile, sin mezclarme de modo alguno en los procedimientos del general San Martín, miéntras no atacasen mi autoridad de comandante en jefe de la marina chilena.

El dia 3 de agosto, el general San Martín dió una proclama en la que manifestaba, que aun cuando era notorio que sus aspiraciones eran volver al retiro y tranquilidad, por salvar una responsabilidad moral, se veia obligado á reasumir todo el poder, declarándose « *Protector del Perú* » y nombrando para sus ministros de Estado á don Juan García del Río, don Bernardo Monteagudo y don Hipólito Unanue.

El dia 4, sin tener conocimiento del decreto anterior, me fuí á Lima á reclamar un año de sueldo que se debia á la escuadra y los 50,000 pesos que San Martín habia ofrecido cuando la toma de la *Esmeralda*, y á hacer presente, que los marineros habian concluido el tiempo de sus contratas. Me abstengo de referir personalmente lo que pasó en esta entrevista, dejando que hable por mí la relacion que publicó sobre ella mi secretario á su regreso á

Lóndres, como testigo presencial, y la cual es verdadera. Dice así :

« Al dia siguiente, 4 de agosto, no sabiendo lord Cochrane que San Martin habia cambiado de título, fué á palacio y rogó al general en jefe propusiese un medio para pagar á los marineros extranjeros, que habian cumplido sus contratas. San Martin respondió á esto que, « él nunca pagaria á la escuadra chilena á » ménos que no fuese vendida al Perú, y que entónces » el pago seria considerado como parte del precio de » adquisicion. » Lord Cochrane le repuso que, « con » semejante arreglo, la escuadra chilena seria trasfe- » rida al Perú por el simple pago de lo que se debia á » los oficiales y tripulaciones por servicios rendidos á » este Estado. » San Martin frunció las cejas y volviéndose á sus dos ministros, García y Monteagudo, les ordenó retirarse, á lo que se opuso su Señoría, haciendo presente que, « como no sabia bien la lengua » española, deseaba se quedasen como intérpretes, » por temor de que pudiera considerarse ofensiva » cualquiera expresion mal entendida. » San Martin se volvió entónces hácia el almirante y le dijo : « ¿Sabe » V., milord, que yo soy el Protector del Perú? » « No, » le respondió su Señoría. » « Pues yo mandé á mis » secretarios imformasen á V. de ello, repuso San » Martin. » « Eso es inútil ahora, le replicó su Señoría,

» puesto que V. me lo acaba de comunicar perso-
» nalmente; pero espero que la amistad que ha rei-
» nado entre San Martín y yo continuará existiendo
» entre el Protector del Perú y mi persona. » San Mar-
» tin entonces, estregándose las manos, dijo: « Lo único
» que tengo que decir es, que yo soy el Protector del
» Perú. »

» El modo con que pronunció esta última frase ex-
» citó al almirante, quien adelantándose dijo: « En-
» tonces es á mí á quien compete, como oficial de Chile,
» y por consiguiente el mas caracterizado para repre-
» sentar la nacion, pedir se cumplan todas las pro-
» mesas hechas á Chile y á la escuadra; pero ante todo
» y principalmente á la escuadra. » San Martín repuso:
« ¡ Chile! ¡ Chile! Yo nunca pagaré un real á Chile, y en
» cuanto á la escuadra puede V. llevársela adonde guste
» y marcharse cuando quiera: con un par de bergan-
» tines tengo lo bastante. »

» Al oír esto, García salió de la sala y Monteagudo
se fué á un balcon. San Martín se puso á pasear en la
sala un corto tiempo, y volviéndose en seguida á su
Señoría, le dijo: « Olvide V., milord, lo pasado. » El
almirante replicó: « Lo haré cuando pueda, » y al
instante se retiró de palacio.

» Lord Cochrane se encontraba ya desengañado por
el hombre mismo; agolpáronse á su imaginacion los
repetidos rumores que ántes habia oído acerca de su

conducta, y conociéndose lo que podria suceder por lo que ya ántes se habia hecho, convino conmigo su Señoría en que su vida no estaba segura en tierra ¹. Así fué, que en el acto montó á caballo, y dirigiéndose á Boca-Negra, se fué á bordo de la fragata ². »

Una circunstancia ha sido omitida en la precedente narracion. El general San Martin, al conducirme hasta la escalera, tuvo la temeridad de proponerme siguiese su ejemplo, esto es, faltase á la fe que ambos habiamos jurado al gobierno de Chile, apropiase la escuadra á sus intereses y aceptase el grado mas elevado de *Primer Almirante del Perú*. Es casi excusado decir que deseché proposiciones tan deshonorosas. San Martin al ver mi negativa me declaró en un tono irritado, « que ni pagaria á los marineros sus atrasos ni la recompensa que les habia prometido. »

1. El hecho ó hechos en que se fundaba el temor de Cochrane de que atentasen á su vida, eran sin duda los fusilamientos de los Carreras en Mendoza y el asesinato de Manuel Rodriguez. Estos individuos eran patriotas esclarecidos en Chile, que disponian del pueblo y encabezaban el partido democrático. Cuando San Martin triunfó en Maipu, los Carreras fueron fusilados, y poco despues, Rodriguez fué asesinado por una partida de caballería que le conducía preso. Estos horribles crímenes probaron que el círculo de San Martin tenia por sistema eliminar á los hombres que podian disputarle la preponderancia en la revolucion. N. DEL ED.

2. *Veinte años de residencia en la América del Sur*, por W. B. Stevenson, secretario de lord Cochrane, vicealmirante de Chile, etc., 1825.

N. DEL ED.

Cuando llegué á la almiranta encontré la siguiente comunicacion oficial :

« Lima, agosto 4 de 1821.

» Milord,

» S. E. el Protector del Perú me ordena acompañe á V. E. el adjunto decreto orgánico que anuncia su exaltacion al mando supremo, para que por medio de V. E. quede instruida la escuadra de este memorable acontecimiento. En su consecuencia dará V. E. las órdenes para que sea reconocido el nuevo gobierno por las fuerzas navales de su mando, dependientes de la República de Chile.

» Yo espero que V. E., penetrado de tan alto motivo, hará que se celebre con la dignidad que corresponde, y que sea compatible con la actitud marcial en que se hallen los valientes que tiene á sus órdenes.

» Tengo la honra de ofrecer á V. E. los sentimientos de la mas distinguida consideracion y aprecio con que soy su atento servidor.

» Excmo. Señor.

» Firmado. — B. MONTEAGUDO. »

» A S. E. el muy honorable lord Cochrane, vicealmirante de las fuerzas navales de la República de Chile. »

Aunque de este modo se me pedía reconociese al general San Martín como investido de los atributos de

un Príncipe Soberano, me sometí á ello con la esperanza de atraerle, por medio de representaciones pacíficas, al cumplimiento de sus deberes para con el gobierno chileno no ménos que al de sus propios intereses. Al efecto le dirigí la siguiente carta :

« Rada del Callao, 7 de agosto de 1821.

» Mi querido general :

» Me dirigo á V. dándole por la última vez su antiguo tratamiento, conociendo que la libertad que podría tomarme como amigo, bien podria no hallarla decorosa, hoy que V. inviste el título de Protector ; mas, al tratar á un caballero, la consideracion de incurrir en desgracia no bastará á detenerme para hablar la verdad. No, aun cuando tuviera la certeza de que tal seria el efecto de esta carta ; porque yo desempeñaria siempre un deber de amistad en pago del apoyo que V. me prestó cuando en otro tiempo se tramaban planes y complets viles para expulsarme del servicio de Chile.

» Permitame V., mi querido general, le ofrezca la experiencia de once años durante los cuales fuí miembro del primer senado del mundo, para decirle lo que por mi lado me preocupa y lo que por otro temo y preveo ; pues lo que ha de suceder respecto á los gobiernos y naciones por sus actos, puede ser predicho

con tal seguridad, en vista de las lecciones de la historia, como predecirse pueden las revoluciones del sistema solar.

» En manos de V. está el ser el Napoleon de la América del Sur ó uno de los hombres mas grandes que en el dia figuran en la escena del mundo. V. tiene la facultad de elegir su carrera. Si los primeros pasos que da son falsos, la altura á que V. se encuentra contribuirá á hacerle caer, como del borde de un precipicio, de una manera mas fuerte y segura.

» Los escollos contra los que hasta aquí se han estrellado los gobiernos de Sud-América han sido la mala fe y el empleo de medios efimeros.

» No ha surgido un hombre, excepto V. mismo, capaz de elevarse sobre los demas y de abrazar con mirada de águila la extension del horizonte político. Mas si V. va fiado en las alas de la fortuna, cual otro Icaro con alas de cera, su caída pudiera aplastar la naciente libertad del Perú y envolver á toda la América del Sur en anarquía, guerra civil y despotismo político.

» La fuerza verdadera de los gobiernos está en la opinion pública. ¿Qué diria el mundo, si el primer acto del Protector del Perú fuese anular las obligaciones contraidas por él mismo, cuando era general? ¿Qué se diria, si el Protector se negase á pagar los gastos de la expedicion que le ha colocado en el elevado puesto que

ahora ocupa? ¿Qué, si se esparciese la noticia que ni aun siquiera tenia la intencion de remunerar á los empleados de la marina, que tanto contribuyó á un éxito tal?

» ¿Qué bien puede resultar de marchar por un sendero tortuoso cuando por uno derecho y llano se puede llegar á un fin deseado? ¿Quién puede haber aconsejado el seguir una politica torcida y el ocultar los verdaderos sentimientos é intenciones del gobierno?

» ¿Ha sido acaso un espíritu de intriga el que ha rehusado la paga á la marina de Chile en tanto que el ejército se encuentra doblemente pagado? ¿Se trata con semejante conducta el agriar los ánimos de la gente que se halla al servicio de Chile, para de tal modo atraerla al del Perú? Si así fuese, lo predigo, el resultado será todo contrario, pues habiendo esperado y esperando aun la remuneracion del Perú, si sus esperanzas saliesen fallidas, mas tarde sentirian las consecuencias.

» Mire V. al estado deplorable que el Senado ha reducido á la feraz y hermosa República de Chile. Además ¿no es evidente que la notoria mala fe de ese cuerpo ha privado á sus habitantes, á pesar de sus minas y de sus terrenos tanto públicos como confiscados, de los recursos que el gobierno español poseia y del crédito necesario para procurarse un peso en calidad de empréstito ni en el extranjero ni en su propio

país? Digo por lo tanto, mi querido general, que cualquiera que le haya aconsejado el comenzar su protectorado con medidas indignas de V., es un hombre sin reflexion ó de perversa índole, á quien V. debería expulsar para siempre de su lado.

» Observe V., mi querido general, las lisonjas que los serviles prodigan aun á los mas indignos cuando están en el poder. No crea V. que es á la persona de San Martin que el público está adicto. No se imagine que se granjeará la admiracion y el afecto del linaje humano sin observar una conducta recta y digna. Sobre el particular ha sido V. en parte feliz, y gracias al cielo, V. tiene en sus manos el poder serlo mas. Los aduladores son mas peligrosos que las mas venenosas serpientes, y despues de ellos lo son los hombres de saber, cuando no tienen el valor y la integridad bastante para oponerse á medidas ruines que han sido discutidas ó de las que se ha tratado por accidente.

» ¿Qué necesidad política pudo haber existido para mantener por un tiempo ocultos los sentimientos del gobierno respecto á la suerte que deparaba á los Españoles residentes en el Perú? ¿Por ventura el pueblo no se ha mostrado á la vez que el ejército, pronto á apoyar las miras de la autoridad? ¿Y el primero no ha pedido á voces la expulsion de aquellos? Créame V., mi querido general, despues del manifiesto que V. dió,

no ha debido ni secuestrarse los bienes de los Españoles sin que estos hubiesen cometido un crimen posterior.

» Nadie puede engañarme acerca de los sentimientos que abrigo en mi pecho; de los de los otros juzgo por los míos propios, y como hombre honrado no tengo embarazo para expresarlos.

» Mucho mas pudiera decirle, mi querido general, respecto á otros asuntos de menor importancia; pero como los que anteceden son los solos actos que por el momento considero, por tener de ellos conocimiento y predecir funestas consecuencias, me limitaré por el presente á añadirle: que si los reyes y príncipes tuviesen en sus dominios un solo hombre que en todas ocasiones les dijera la verdad desnuda, se habrían evitado errores frecuentes y menores habrían sido los males que experimenta la humanidad.

» Fácilmente conocerá V. que no tengo interes personal alguno en estos ú otros asuntos que discrepen con su opinion; bien por el contrario, si yo fuese capaz de bajezas é interesado, con el paso que acabo de dar bastaria para arruinar mi porvenir, pues al darlo no he tenido otra seguridad que la buena opinion que tengo de su discernimiento y de su corazon.

» Considéreme V. en todas circunstancias su seguro amigo.

» COCHRANE. »

San Martín contestó á esta carta del modo siguiente :

« Lima, y agosto 9 de 1821.

» Milord,

» La mejor prueba de amistad que podría desear de V. es la explicacion sincera de sus sentimientos respecto al camino que debo seguir en mi nueva posicion política. V. ciertamente no se ha equivocado cuando bajo el título de Protector no ha esperado algun cambio en mi carácter personal. Felizmente ha sido en un nombre que reclamaba, en mi sentir, el bien de este país, y si en la elevacion en que V. me ha conocido siempre ha encontrado docilidad y franqueza en mí, habria sido un agravio de parte de V. á mí individuo, negarme ahora confianzas que le he escuchado siempre con agrado como de un hombre ilustrado y de experiencia en el gran mundo ; mas ya que V. me ha hecho justicia, me permitirá algunas observaciones sobre el espíritu de su última carta.

» No es mi ánimo analizar las causas que hayan influido en la decadencia actual del Estado de Chile, ni mucho ménos aprobar del todo los consejos de su administracion. Errores por inexperiencia, actos de inmadura resolucion, inexactitud en los cálculos rentísticos y falta de prevision pueden haber contribuido á obstruir los primeros canales de la riqueza de aquel

país, pero ni veo tan difícil como V. remediar estos males, ni puedo fijarme en su origen sin aventurar tal vez mi juicio. Estoy sí convencido que un religioso cuidado de la conservación del crédito del gobierno, le habria franqueado abundantes recursos.

» Como conozco, pues, por una parte que la buena fe del que preside á una nacion es el principio vital de su prosperidad, y como por otra un órden singular de sucesos me ha llamado á ocupar temporalmente la suprema magistratura de este país, renunciaria á mis sentimientos si una imprudente elacion ó una servil deferencia á consejos ajenos me apartase de la base del nuevo edificio social del Perú, exponiéndolo á los vaivenes que con razon teme V. en tal caso. Conozco, milord, que no se puede volar bien con alas de cera, distingo la carrera que tengo que emprender, y confieso, que por muy grandes que sean las ventajas adquiridas hasta ahora, restan escollos que sin el auxilio de la justicia y de la buena fe no podrán removerse.

» Por fortuna, milord, no he olvidado esta máxima en todo el período de mi vida pública; y la religiosidad de mi palabra como caballero y como general ha sido el caudal sobre que he girado mis especulaciones: resta ahora examinar la naturaleza y límites de mis compromisos respecto de la escuadra para fundar mis obligaciones. Me es muy lisonjero declarar á V. que á la cooperacion de las fuerzas navales ha debido el Perú

mucha parte de su libertad : esto mismo se habria expresado en la moneda de la jura, si en el torbellino de negocios que me cerca, hubiera podido atender á la inscripcion que se me presentó por modelo. V. me ha oido tributar de un modo público mis aplausos al mérito *y señalar el héroe.*

» Yo he ofrecido á la tripulacion de la marina de Chile un año de sueldo de gratificacion y me ocupo en el dia de reunir los medios para satisfacerlo : reconozco tambien por deuda la gratificacion de 50,000 pesos que V. ofreció á los marineros que apresaron la fragata *Esmeralda*, y no solamente estoy dispuesto á cubrir este crédito, sino á recompensar como es debido á los bravos marineros que me han ayudado á libertar el país ; pero V. debe conocer, milord, que los sueldos de la tripulacion no están en igual caso, y que no habiendo respondido yo jamas de pagarlos no existe de mi parte obligacion alguna. En la comisaría de aquel Estado deben existir los cargos de oficiales y marineros, y en el respectivo ministerio el rol y sus alcances : y aunque supongo justo que en la escasez del erario de Chile, se le indemnicen de algun modo sus gastos expedicionarios, esto será para mí una agradable atencion, pero de ningun modo reconoceré el derecho de reclamarme los sueldos vencidos.

» Si yo pudiese olvidar alguna vez los servicios de la escuadra y los sacrificios de Chile para sostenerla, re-

velaria un principio de ingratitud, que ni como una virtud pública ni privada está excluida de mi moral. Tan injusto es prodigar premios como negarlos á quien los merece; me ocupo del modo de realizarlo con respecto á la escuadra, y de proponer al supremo gobierno de Chile pensamientos que concilien todos los intereses.

» Nadie mas que yo, milord, desea el acierto en la eleccion de medios para concluir la obra que he emprendido. Arrastrado por el imperio de las circunstancias á ocupar un asiento que abandonaré, libre que sea el país de los enemigos, deseo volver con honor á la simple clase de ciudadano. Mi mejor amigo, es el que enmienda mis errores ó reprueba mis desaciertos. César habria hecho morir al nieto de Pompeyo si no hubiese escuchado un buen consejo. Estoy pronto á recibir de V., milord, cuantos V. quiera darme, porque acaso el resplandor que de intento se me presenta delante de mis ojos, me deslumbre sin conocerlo. Y en esta parte me encontrará V. siempre accesible y franco.

» He preferido dar á V. por el pronto esta contestacion privada, porque la enfermedad del caballero Garcia me ha impedido hacerlo de oficio : la daré en el momento que me sea posible.

» Entretanto creo será á V. grato saber que el benemérito coronel Miller ha ocupado con sus tropas á Ica,

y que el general La Serna ha sufrido tal pérdida de bagajes, trasportes, efectos y soldados, que no ha podido moverse de su situación, y el día 1º de este aun ignoraba el general Canterac la posición de La Serna. El Callao sigue también en grandes apuros. Ojalá veamos pronto el término de esta campaña, y que V. tenga siempre motivos de conocer que en ninguna situación deja de ser consecuente con sus principios su amigo afectísimo,

» Q. B. S. M.

» JOSÉ DE SAN MARTÍN. »

En esta carta, San Martín atribuye la usurpación que había hecho del Poder, « á un extraordinario curso de sucesos felices, » omitiendo expresar que nada había él hecho para ello, sino embarazar el resultado por cuantos medios pudo. Manifiesta que al hacerse mérito de la caída de los Españoles, atribuida en la inscripción de la medalla al ejército y á sí mismo, había incurrido en una equivocación « por no haber podido, en medio de la precipitación de los negocios, prestar su atención al modelo que le habían presentado, » siendo que él mismo escribió la dicha inscripción después de haber deliberado y consultado largo tiempo con otros, quienes le aconsejaron no mencionar en ella á la escuadra.

En la misma carta rechaza toda conexión con la Re-

pública de Chile , siendo que habia jurado fidelidad á aquella nacion como capitan general de ella. Niega el haberse jamas comprometido á pagar los salarios de la escuadra, siendo que fué bajo esa condicion que la escuadra se hizo á la vela de Valparaíso segun el documento que se ha visto al principio de esta obra.

A pesar de ser un oficial de Chile, trata á este país cual si fuera un Estado con el cual nada tiene que ver, declarando que no quiere pagar las deudas contraidas por la expedicion, tal cual me lo habia dicho en la conferencia del dia 4.

En cuanto á su promesa de dar á los marineros la paga de un año en recompensa de sus servicios, nunca la cumplió ni pensó en cumplirla ; miéntras que los 50,000 pesos prometidos á los que capturaron la *Esmeralda* y que dice, « estaba tratando de recoger » hacia tiempo que los habia recogido y en cantidad mucho mayor de los Españoles, guardándoselos. Afortunadamente sus propias cartas prueban todos estos puntos, pues de otro modo no me atreveria á mencionarlos, si no tuviesen en su apoyo testimonios tan irrefragables.

Mas tarde el general San Martin negó al gobierno de Chile que se habia negado á pagar la escuadra, tal cual lo habia expuesto el 4 de agosto y corroborado en su carta del 9.

Durante todo este tiempo, la escuadra se hallaba en un estado de completo abandono : no se le sumi-

nistraban ni las provisiones necesarias para su subsistencia, á pesar de tener el Protector sobrados medios para hacerlo. Su objeto era obligar por hambre á que se desertasen oficiales y gente, para así acelerar el desmembramiento de la escuadra que yo rehusaba poner á órdenes de sus miras ambiciosas.

El general San Martín nunca me perdonó el sano espíritu de mi carta.

Adhiriendo á mi propio deber me sentí fuera de su autoridad y determiné no seguir otra conducta, sino la de sostener, en cuanto me fuera posible, el cumplimiento de las promesas hechas al Perú por el gobierno de Chile.

Ocultando el Protector su resentimiento, por considerar que la escuadra le era necesaria por estar aun los fuertes del Callao en poder de los Españoles, trató de desvirtuar el desagrado de la entrevista del día 4, asegurando que, « él solo había dicho ó querido decir, que tal vez convendría á Chile la venta de alguno de sus buques al Perú, porque este los necesitaba para la guarda de sus costas, y que estaba cierto de que Chile consagraria siempre sus buques á la proteccion de la causa del Perú. » Agregó que se liquidarian los atrasos de la escuadra del mismo modo que las recompensas que se le habían ofrecido.

Como nada de esto se llevaba á efecto, la escuadra comenzó á manifestar síntomas de motin.

El día 11 de agosto escribí al Protector dándole parte de que el descontento de los marineros iba en aumento, rogándole de nuevo pagase. A consecuencia de esto se dió un decreto ordenando que la quinta parte de las entradas de aduana se destinaban al pago del ejército y marina; pero como los fuertes y el puerto del Callao se hallaban en poder de los Españoles, esos ingresos eran insignificantes, por lo cual la escuadra consideró con razon que aquella medida era tan solo un subterfugio.

El Protector me respondió lo siguiente :

« Lima, 13 de agosto de 1821.

» Milord,

» He contestado, en la de oficio, á la carta de V. S. relativa al asunto desagradable del pago de la escuadra, que nos causa tanta inquietud, porque no podemos hacer lo que querriamos. Nada tengo que añadir aquí sino mi declaracion de que nunca miraré con indiferencia á cualquiera cosa que pertenezca á V. S. Dije á V. S. en Valparaíso que su suerte seria igual á la mia, y creo que he probado que mi sentimiento no ha variado, ni podrá variar, porque cada dia se hacen mas importantes mis hechos.

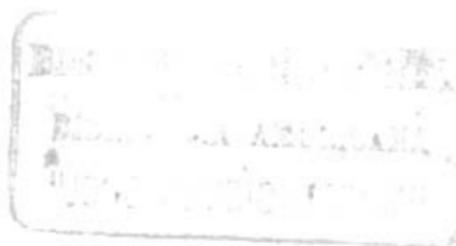
» No, milord, no miro con indiferencia cosas que conciernen á V. S., y sentiria que no esperara hasta

que yo pueda convencerle de la verdad. Si á pesar de todo esto V. S. se determina al paso que insinuó en la entrevista que tuvimos hace algunos dias, será para mí una dificultad de la cual no podré desenredarme; pero espero que conformándose con mis deseos, concluirá la obra emprendida, y de la cual depende nuestra comun suerte.

» A Dios, milord, se repite de V. S. con el mas sincero aprecio su eterno amigo,

» JOSÉ DE SAN MARTIN. »

La aseveracion de que no podia satisfacer á los marineros, era un subterfugio, porque tenia abundantes caudales procedentes de la expoliacion por mayor que habia hecho á los Españoles, á cuya insostenible conducta habia yo aludido en mi carta del 7. Esperaba él que yo, « conformándome á sus deseos, » aceptaria el nombramiento de primer almirante. La consecuencia que se esperaba de esto era, despues del decreto que traspasaba al servicio del Perú á los oficiales de Chile, que la escuadra pasara á ser de él.



CAPÍTULO VII

Se trata de seducir á los oficiales chilenos. — El Arzobispo de Lima. — Su expulsion. — Negociaciones para obtener la entrega de los fuertes. — Obstáculos que se oponen. — Promesas de San Martín. — Refusa atacar al enemigo. — Los Españoles socorren al Callao. — Proclama. — Llévanse el tesoro de los Españoles. — Descontento de la escuadra.

Conociendo el Protector mi ánimo para no reconocer su autoridad usurpada y mucho ménos apoyar medidas que tendiesen á privar á Chile de su escuadra, dió una proclama en que prometia pagar los atrasos de los marineros y ofrecia una pensión vitalicia á los oficiales, *reconociéndolos como á oficiales del Perú*. Lo que de aquí se deducia era intimar á los oficiales desertasen del servicio de Chile.

Lo siguiente es un extracto de la referida proclama inserta en la Gaceta extraordinaria de 11 de agosto de 1821.

« El ejército y la escuadra reunidos han consumado al fin la libertad del Perú, según lo habían jurado, elevándolo al rango que la justicia y los intereses del mundo reclamaban. El heroísmo y constancia que han manifestado se transmitirán á la posteridad. Faltaría á mis deberes políticos si no manifestase el aprecio debido á sus acciones eminentemente heroicas, promoviendo los intereses de ambos emisferios.

» 1º El Estado del Perú reconoce como deuda nacional los atrasos del ejército y de la escuadra, así como las promesas que á ambos yo les hice.

» 2º Todos los bienes del Estado, como asimismo un 20 por 0/0 de sus rentas, quedan hipotecados hasta la extincion de estas deudas.

» 3º Todos los oficiales pertenecientes al ejército y á la escuadra que salieron con la expedicion libertadora y permanecen hoy en ella, *quedan reconocidos oficiales del Perú.*

» 4º Los comprendidos en los artículos anteriores, y los empleados en la dicha causa, recibirán durante sus vidas una pensión de la mitad de toda su paga, desde el dia en que salieron de Valparaíso, cuya pensión les será pagada del mismo modo cuando vivan en país extranjero.

» 5º Todos recibirán una medalla, etc., etc. »

A pesar de este decreto, la escuadra no recibió un

cuarto ni de sus atrasos ni á título de recompensas. El objeto era el que dejo indicado, en lo que le ayudaron Guise y Spry, á quienes conservaba á su lado, á pesar de la sentencia del consejo de guerra.

Uno de los antagonistas mas intrépidos del Protector era el Arzobispo de Lima, varon excelente, querido del pueblo y quien no pudo disimular su indignacion al ver la usurpacion que se habia efectuado á despecho de las promesas de Chile y del mismo Protector, « atestiguadas ante Dios y los hombres de dejar á los Peruanos la libertad de escoger su gobierno. » Y como el recto prelado denunció en términos no moderados el despotismo que acababa de entronizarse, se determinó deshacerse de él.

El primer paso dado para ello fué una órden fechada en 22 de agosto de 1821, mandando cerrar todas las casas religiosas. El Arzobispo rehusó cumplirla representando cortesmente y manifestando que si algun eclesiástico quebrantaba el órden público, él le castigaria. El dia 27 le contestaron que « las órdenes del Protector eran irrevocables y que al punto se decidiese en cuanto á la línea de conducta que pensaba adoptar. »

El 1º de setiembre el prelado escribió al Protector una carta admirable en la que le decia : « que las principales obligaciones de un obispo eran defender el depósito de la doctrina y creencias que le habia sido con-

fiado, y que si fuese amenazado por algun potentado, representar con respeto y sumision á fin de no ser participante del crimen por una condescendencia pusilánime. Dios ha constituido los obispos para ser los pastores y guardianes del rebaño, y nos manda no seamos cobardes en presencia de los mas grandes potentados da la tierra, y que, si es necesario, debemós verter nuestra sangre y perder nuestras vidas por tan justa causa; anatematizándonos si hacemos lo contrario, como á perros mudos que no ladran cuando la salud espiritual del rebaño está en peligro. »

El resultado fué que el Protector instó al Arzobispo á delegar su puesto, prometiéndole un buque que lo llevase á Panamá. Confiado en esta promesa envió su renuncia y en el acto se le ordenó salir de Lima en el término de veinte y cuatro horas. Como la promesa no fué cumplida, el Arzobispo tuvo que embarcarse en un buque mercante que salia para Rio Janeiro. Antes de partir me escribió la siguiente carta :

« Chancay, noviembre 2 de 1821.

» Querido milord,

» Ha llegado el tiempo de volverme á España, habiéndome acordado el Protector los pasaportes necesarios. La fina atencion de que fui deudor á V. E. y las particulares prendas que le distinguen y adornan, me

obligan á manifestarle mi sincera consideracion y estima.

» En España, si Dios me concede llegar salvo, le suplico se digne mandarme. Al dejar este país *estoy convencido de que su independencia está para siempre afianzada*. Esto lo haré presente al gobierno español y á la Santa Sede, y haré cuanto esté de mi parte para preservar la tranquilidad y promover las miras de los habitantes de América, que me son caros.

» Dignese, milord, aceptar estos sentimientos como emanados de la sinceridad de mi corazón, y mande

» A este su agradecido servidor y capellan,

» BARTOLOMÉ MARIA DE LAS HERAS. »

La expulsion del Arzobispo fué un acto de demencia política. Si las promesas de Chile se hubiesen cumplido, tanto el Arzobispo como su clero habrían empleado toda su influencia en promover la causa de la libertad, no tanto por interes cuanto por inclinacion ¹.

La frase de la carta del Arzobispo sobre « que la independencia del Perú estaba afianzada para siem-

1. Es un error de Cochrane el suponer que el clero fuese inclinado á la independencia. Aunque la historia de la lucha de la Independencia Americana, presenta algunos patriotas esclarecidos en el clero, manifiesta tambien que la mayoría fué siempre sectaria del despotismo. Este es un hecho repetido en todo el globo.

pre, » era un aserto errado. La tiranía no se compone de materiales duraderos.

Al Obispo de Guamanga, que residia en Lima, tambien se le ordenó salir del Perú en el término de ocho dias, sin expresársele el motivo. De este modo se desembarazaban de la oposicion del clero, causando profundo sentimiento á los Limeños.

Como la condicion de la escuadra fuese empeorando de dia en dia y se manifestase un espíritu de rebelion á causa de las necesidades que sufría, hice todos los esfuerzos posibles para obtener los castillos del Callao por medio de negociaciones, prometiendo al jefe de ellos le permitiria marcharse con las dos terceras partes de la propiedad encerrada en la fortaleza, á condicion de que se entregara la restante y los castillos á la escuadra chilena. Mi objeto era proveer de algun modo las necesidades de todo género que la escuadra sufría, por la conducta estudiada del Protector. En poder de la guarnicion se encontraban considerables sumas y gran cantidad de plata labrada que los hombres acaudalados de Lima habian depositado en los fuertes para mayor seguridad, temiendo á sus libertadores. Una tercera parte de estos valores nos hubiera sacado de las dificultades por que atravesábamos. Y, á la verdad que estas eran reales. Los buques carecian de carne, de aguardiente, de ropa y de cuanto era preciso para la vida, no teniendo otro medio de subsistir que el que

se obtenia de los Españoles fugitivos, á quienes se les dejaba ir libres pagando la tercera parte del capital que llevaban consigo.

Tan luego como el Protector conoció mi oferta al comandante de los castillos, general La Mar, á fin de impedirle ofreció á este una absoluta é ilimitada proteccion, para las personas y bienes, si compraban carta de ciudadanía. En consecuencia, La Mar desechó mi propuesta y se frustró la esperanza que habia para pagar á los marineros y reparar los buques.

Mas tarde, el Protector me acusó al gobierno de Chile de haber aspirado á la posesion de las fortalezas del Callao con la mira de burlarme del gobierno peruano! Esto era ridiculo, aun cuando, si tal hubiese sido mi ánimo, él habria estado de acuerdo con mi deber hácia Chile, puesto que el Protector habia faltado á la fidelidad de dicho Estado. El objeto simple que me habia propuesto era procurarme recursos para abastecer la escuadra; bien entendido, que si me hubiese posesionado de las fortalezas, habria exigido del general San Martín el cumplimiento de sus promesas y persistido sobre todo, en que ejecutara sus obligaciones para con los Peruanos, de dejarles libres de escoger su propio gobierno.

Me acusó tambien de que mi ánimo era apropiarme para mí peculio particular la suma que habia pedido á La Mar, ¡siendo que los marineros se hallaban en es-

tado de perecer de hambre! El Protector, en vez de contribuir á este buen fin, con sus medidas, dió lugar á que los Españoles se retirasen sin ser molestados, llevándose todo el tesoro. Y es de este acto, el mas vergonzoso para un jefe militar, que paso á ocuparme. Un escritor que presenció todo lo ocurrido ha narrado bien este asunto, y á fin de alejar toda sospecha de parcialidad en mí, prefiero extractar las palabras del referido autor ¹.

« El ejército español, que á principios de setiembre se hallaba en Jauja, esparció la alarma en Lima por las noticias que se recibieron de sus movimientos. Parecia que estaba determinado á atacar á la capital, con cuyo motivo se dió en 5 de setiembre por el Protector la siguiente proclama :

« Habitantes de Lima,

» Parece que la justicia del cielo, cansada de tolerar por tan largo tiempo los opresores del Perú, los guia ahora á su destruccion. Trescientos de aquellos soldados que han desolado tantas villas, quemado tantos templos y destruido tantos miles de víctimas, están en San Mateo y doscientos mas en San Damian. Si se avanzan sobre esta capital es con el designio de inmo-

1. W. B. Stevenson, tomo III, Lóndres, 1825.

laros á su venganza y obligaros á comprar cara vuestra decision y entusiasmo por la independencia. ¡Vana esperanza! Los valientes que han libertado á la ilustre Lima, aquellos que la protegen en los momentos mas difíciles, saber: como preservarla de la furia del ejército español. Si, habitantes de esta capital, mis tropas no os abandonarán; *ellas y yo vamos á triunfar de ese ejército* que, sediento de sangre nuestra y bienes, se avanza; ó pereceremos con honor, pues nunca presenciaremos vuestra desgracia. (San Martín tenia 12,000 hombres para hacerles frente.) En cambio de este rendimiento y para que logre el buen éxito que se merece, todo lo que os exigimos es, union, tranquilidad y una eficaz cooperacion. Esto solo se necesita para afianzar la felicidad y esplendor del Perú.

» SAN MARTIN. »

« En la mañana del 10, lord Cochrane recibió á bordo del *O'Higgins* una comunicacion oficial, participándole que el enemigo iba acercándose á los muros de Lima y rogando á Su Señoría enviase al ejército toda clase de armas portátiles que hubiese á bordo de la escuadra, como asimismo á los marinos y voluntarios; « porque el Protector se hallaba determinado á inducir al enemigo á batirse, y á vencer ó quedar sepultado bajo las ruinas de lo que habia sido Lima. » Este heroico parte

iba, sin embargo, acompañado de una carta privada de Monteagudo, en la que le suplicaba tuviese preparados los botes de los buques de guerra, y colocase una avanzada en la plaza de Boca-Negra.

» Lord Cochrane se dirigió inmediatamente al campamento de San Martín, en donde, siendo reconocido por diversos oficiales, se oyó un murmullo de alegría, y aun el mismo Guise y Spry exclamaron : « Vamos á tener ahora alguna accion que el almirante ha llegado. » El general Las Heras, que hacia de general en jefe, al saludar al almirante le suplicó se esforzase en persuadir al Protector obligase al enemigo á batirse. En esto, Su Señoría se dirigió adonde San Martín, y cogiéndole la mano le instó encarecidamente atacase al enemigo sin perder un solo momento : sus instancias fueron, sin embargo, en vano, recibiendo por toda respuesta : *Mis medidas están tomadas.*

» A pesar de esta apatía, Su Señoría representó á lo vivo la situacion en que habia visto, no hacia cinco minutos, á la infantería enemiga, concluyendo por pedir al Protector el favor de subir á una altura que habia detras de la casa, y se convenciese por sí mismo de lo fácil que era obtener una victoria ; mas á todo esto volvió á recibir la misma respuesta : « Mis medidas están tomadas. »

» Los clamores que daban los oficiales en el patio de la casa hicieron recapacitar á San Martín, quien, man-

dando pedir su caballo montó en él. En un momento todo era bullicio, y el anticipado resplandor de la victoria brillaba en cada semblante. Se mandó tocar llamada, á la que obedeció en un instante todo el ejército, que se componia de unos 12,000 hombres¹, inclusas las guerrillas, todos deseosos de batirse. El Protector hizo seña con la cabeza al almirante y al general Las Heras, quienes se acercaron inmediatamente, esperando les fuese á consultar sobre el modo del ataque ó del modo como iba á conducirse. En este momento se acercó á San Martín un labriego, quien se hacia escuchar del Protector con una calma admirable al relatarle el sitio en donde habia estado el enemigo el dia anterior. El almirante exasperado con una pérdida de tiempo tal, dijo al paisano « quítese de ahí, » añadiendo « el tiempo del general es muy precioso para

1. Este es un error generalizado. Las fuerzas que tenia San Martín en ese entonces, eran las siguientes: N° 7 de los Andes, con 560 hombres; — n° 8, con 460; — n° 11, con 325; — n° 2 de Chile, con 260; — n° 4 de Chile, con 615; — n° 5 de Chile, con 390; — Cazadores de los Andes, con 380; — Numancia, con 740; — n° 1 del Perú, con 350; — Artillería de los Andes, con 180; — Artillería de Chile, con 330; — Granaderos á caballo de los Andes, con 350; — Cazadores á caballo de los Andes, con 230; — Escolta, con 60. — A estos deben agregarse unos 1,000 hombres armados y distribuidos en cívicos de infantería de Lima, una compañía de fagineros y diversas partidas gruesas de montoneros.

El anterior dato lo tenemos del Sr. general Mendiburu, competente en la materia.

N. DEL ED.

que lo emplee en escuchar sus tonterías.» A esta interrupcion, San Martín miró con ceño al almirante, y volviendo su caballo se encaminó hácia la casa, en donde se apeó metiéndose en ella.

» Lord Cochrane pidió entonces una audiencia privada á San Martín, siendo la última vez que volvió á hablar con él. Le aseguró, que aun era tiempo para atacar al enemigo, rogándole encarecidamente por favor no perdiese la oportunidad y ofreciéndose él mismo á ponerse á la cabeza de la caballería. Pero á esto replicó : « Yo solo soy responsable de la libertad del Perú. » En seguida se retiró el Protector á un cuarto interior de la casa á echar su siesta acostumbrada, la que fué interrumpida por el general Las Heras que iba á recibir órdenes y recordarle que las tropas estaban aun sobre las armas. La orden que recibió fué ; que las racionara !

» De este modo el general Canterac, con 3,200 hombres¹, pasó á la parte del mediodía de Lima, á medio tiro de fusil² del ejército protector del Perú, compuesto de 12,000 hombres, entró en la fortaleza del Callao con un convoy de ganado y provisiones, en donde refrescó y descansó sus tropas seis dias, y en seguida se marchó el 15, llevándose consigo *todo el inmenso tesoro que los Limeños tenían allí depositado*, empren-

1. Eran cerca de 4,000.

N. DEL ED.

2. Es una exageracion. Pasó á vista del ejército, fuera del alcance de la artillería.

N. DEL ED.

diendo descansadamente su retirada hácia la parte norte de Lima.

» Luego que Canterac introdujo sus tropas en las baterías del Callao, se anunció el suceso con salvas de artillería y otras demostraciones que partían el alma de los oficiales chilenos. El ejército patrio pasó en seguida á ocupar su antiguo campamento de la Legua entre el Callao y Lima.

» Sería una injusticia no mencionar que el segundo en jefe, el general Las Heras, disgustado del resultado, dejó el servicio del Protector y pidió su pasaporte para Chile, el que le fué otorgado; imitando su ejemplo varios oficiales del ejército, quienes, profundamente heridos por lo que había ocurrido, prefirieron la oscuridad y la pobreza, á servir por mas tiempo bajo tales circunstancias.

» Hallábase en la bahía el buque de guerra inglés *Superb*, y muchos de los oficiales, esperando ver el golpe decisivo dado en el Perú, se encaminaron al cuartel general de San Martín, y se quedaron asombrados en presencia de la serenidad de ánimo de un general, que, á la cabeza de 12,000 hombres, abandonaba una posición ventajosa, en donde pudiera, á lo ménos, haber interceptado el convoy de ganado, y compelido así al Callao á rendirse inmediatamente, en vez de permitir pasase sin disparar un tiro ¹. »

1. Cuando criticaba el proceder de San Martín, al escribir la *Historia del general Salaverry*, por estos mismos hechos, un coronel que

El anterior extracto es exacto. Los Limeños quedaron enfadados y humillados con la ocurrencia, á pesar de la proclama que se dió el dia 19, y es la siguiente :

« Limeños ,

» Hace ahora quince dias que el ejército libertador ha dejado la capital , resuelto á no permitir que ni la sombra misma del pendon español enlute á la ilustre ciudad de Lima. El enemigo bajó arrogantemente de las montañas, imbuido de los cálculos que en su ignorancia habia premeditado. Se imaginaba que era bastante el presentarse delante de nuestro campamento para vencernos ; pero han encontrado *¡ valor armado de prudencia !* Reconocieron su inferioridad. *La idea de la hora del combate les hizo temblar, y aprovechándose de la oscuridad, buscaron un asilo en El Callao.* Mi ejército principió su marcha, y al cabo de ocho dias el enemigo tuvo que huir precipitadamente, convencido de su impotencia para probar la fortuna de la guerra, ó quedarse en las posiciones que ocupaba.

perteneció á ese ejército, me explicaba la razon de la conducta de San Martín del siguiente modo : « En el ejército de San Martín habia jefes que se oponian al ataque, porque en él veian la conclusion de la guerra, cosa que no les convenia como explotadores del pais. » Pero esa razon parece efimera, y lo que aparece de realidad es, ó que San Martín tenia miedo de una batalla ó que se proponia no terminar la guerra hasta haber realizado el plan monárquico que abrigaba.

N. DEL ED.

» La desercion que experimentaron nos asegura de que ántes que lleguen á las montañas, solo les quedará un puñado de hombres, aterrados y confundidos con el recuerdo del poder colosal que tenian hace un año, y que ahora ha desaparecido como la furia de las olas al amanecer un dia de calma. El ejército libertador persigue á los fugitivos. Serán dispersados ó vencidos. El imperio español concluyó para siempre. ¡ Peruanos ! vuestro destino es irrevocable : consolidadlo con el constante ejercicio de aquellas virtudes que habeis mostrado en la hora del combate. *Sois independientes*, y nada podrá impediros de ser dichosos si así lo quereis.

» SAN MARTIN. »

Esta proclama era dada despues que Canterac habia sacado de los castillos del Callao el inmenso tesoro allí depositado, despues de haber socorrido la guarnicion de ellos, de haber cargado con multitud de pertrechos de guerra y retirádose sin persecucion. Así, pues, las monstruosas aseveraciones de la proclama solo puedo compararlas con la version que Falstaff hace de sus victorias contra los ladrones en Gadshill. El Protector asegura que la « sombra del pendon español no volveria mas á enlutar á Lima, » y á pesar de ello acababan de pasar al rededor de la ciudad ; « que el enemigo creyó que solo bastaba ver nuestro campamento para vencernos, » y eran solamente 3,000 para 12,000 ; « que

temblaban al pensar en la hora del combate y *se aprovecharon de la oscuridad,*» cuando habian entrado triunfantes en el Callao, *á medio dia,* es decir, entre las once de la mañana y las tres de la tarde, llevando manadas de ganados y otras provisiones; y « que el ejército libertador perseguia á los fugitivos. » Este era el único hecho. El enemigo *iba* perseguido por 1,100 hombres que le seguieron á distancia por el espacio de diez millas, hasta que Canterac les hizo cargar por la caballería y derrotarlos.

Lo cierto fué que los Españoles vinieron para socorrer el Callao, lo cual efectuaron completamente.

Si la precedente proclamá no se hallase inserta en la Gaceta ministerial, se habria tomado por una farsa maliciosa. Miétras tanto los independientes Limeños no se atrevian á chistar palabra, pues se hallaban desarmados, alevosamente engañados y á merced del Protector; quien, si alguna excusa pudo alegar para no haber acometido á la pequeña fuerza de Canterac, fué sin duda la de conservar intacto el ejército para mas tarde oprimir á los Limeños. ¿Cuál fué el resultado?

La fuerza española, en su triunfante retirada con tan gran cantidad de valores, fué una calamidad para el país. Despues que los Limeños se levantaron contra la tiranía de San Martin y lo expulsaron de la ciudad ¹ por la fuerza, los Españoles pudieron levantar ejércitos

1. Este es un hecho enteramente falso.

N. DEL ED.

poderosos, hacer derramar torrentes de sangre y exponer la causa á un fracaso completo, si el ejército de Colombia no hubiese acudido á hacerles frente. Chile mismo llegó á temer por su libertad, al extremo de haberme suplicado, cuando dejé el Pacífico, de volverme para evitar desastres que él mismo no podría evitar.

Si el Protector no hubiese frustrado mi ofrecimiento al general La Mar, Chile habria recibido, por el mas bajo cómputo, diez millones de pesos, miéntras que los Españoles se hubiesen retirado con veinte. Esto habria sido mejor que el permitirles retirarse con el todo, sin ser molestados.

Frustrada mi esperanza de socorrer á la escuadra, era imposible evitar que la gente se amotinase; los oficiales mismos, ganados por Guise y Spry, que á média noche recorrian los buques con este objeto, principiaron á pasarse al Protectorio.

La siguiente carta, dirigida á Montegudo, hará ver el estado del asunto tocante á los buques :

« Excmo. Señor,

» Hoy he escrito á V. un oficio por el que verá que hace tiempo tengo predichas las consecuencias que han llegado á verificarse y que se hace indispensable el alejar los buques mayores de la escuadra. Si por un total descuido, de cuanto tengo dicho al gobierno pro-

tectorio por conducto de V., suceden cosas perjudiciales al servicio, el Protector y V. me harán á lo ménos la justicia de creer que he cumplido con mi deber. Los hombres bajos, interesados y serviles pueden vociferar si gustan para hacer medrar sus miras egoístas; yo no les hago caso.

» Le hubiese remitido las relaciones originales de las provisiones y estado de los buques, hechas por los capitanes, pero debo guardarlas para mi pública justificación, si fuese necesario.

» ¿Qué significa todo esto, Monteagudo? ¿Son estas gentes tan bajas que están determinadas á obligar se amotina la escuadra? ¿Y hay otros tan ciegos que no preven las consecuencias? Pregunte V. á Sir Tomas Hardy y á los capitanes ingleses, ó á cualesquiera otros oficiales ¿cuál será el resultado de tan monstruosas medidas?

» Créame V. con el corazon oprimido.

» Suyo, etc.,

» COCHRANE. »